# MONIQUE SE EVADE

ÉDOUARD LOUIS



narrativa
salamandra

Édouard Louis

# MONIQUE SE EVADE

*El precio de la libertad*

Traducción del francés de
Lydia Vázquez

narrativa
salamandra

«Así que eso que veo es la Nueva Vida.»

HÉLÈNE CIXOUS, *Ève s' évade*

# I

Me telefoneó por la noche. Estaba llorando. Yo tenía veintiocho años en el momento de aquella llamada y era la tercera, quizá la cuarta vez desde que nací que la oía llorar.

Me contó por teléfono que el hombre al que conoció después de separarse de mi padre, y con quien vivía en un apartamento oficial en el centro de París, le hacía revivir la misma historia, reproduciendo el mismo comportamiento que mi padre le había infligido durante veinte años, sólo que peor; bebía, mucho, al final del día se servía las copas de whisky una detrás de otra en viejos tarros de mostaza convertidos en vasos de alcohol, y cuando terminaba, la humillaba, la insultaba, la trataba

de zorra,

de puta,

de gilipollas,

podía oírlo por detrás durante la llamada, aquella noche de febrero, insultándola mientras ella me hablaba a través del micrófono del teléfono, fui testigo, escuchaba a aquel hombre diciéndole que era una zorra, una puta, que su hijo —yo— no era más que un maricón, que sus otros hijos —mis hermanos— no eran más que unos inútiles y ella, ella no podía parar, no podía contener las lágrimas, me decía, *Me libré de tu padre, creí que supondría una nueva vida para mí y ahora todo vuelve a empezar, todo se repite igual,* decía, con las palabras entrecortadas por los sollozos, *No sé*

*por qué tengo una vida de mierda, por qué sólo me topo con hombres que me impiden ser feliz no merezco sufrir tanto,*

*¿he hecho algo mal?*

Yo lloraba con ella.

Su llanto me hacía llorar.

Intenté recuperar el aliento. Me senté en el sofá que tenía detrás y dije: «No te preocupes, vamos a encontrar una solución», una frase dictada por las circunstancias, oída sin duda cientos de veces en el cine o en la televisión; cuanto más dramática es una situación, más convencional suele ser la reacción.

Intenté pensar lo más rápido posible: «Vale, ya sé lo que vamos a hacer. Coges algo de ropa en una bolsa y te largas inmediatamente de ahí. Vete a mi casa.»

Podría refugiarse en mi piso, no quería que se quedara con un hombre que la agredía y la hacía sufrir, debía marcharse, un amigo que tenía la llave de mi piso y que estaba en París acudiría a abrirle la puerta, por supuesto aún no había avisado a mi amigo pero sabía que lo haría, sabía que me ayudaría —que la ayudaría—. Le expliqué —a ella, a mi madre— que llevaba varias semanas en el extranjero y que estaría fuera otras dos, por compromisos laborales, así que no podía volver a Francia de inmediato, pero que haría lo que pudiera desde la distancia.

Ella respondió:

—De todas formas, ahora mismo no tengo fuerzas para marcharme. Me iré mañana.

Insistí: no había forma de saber cómo evolucionaría la situación si el hombre con el que vivía se mostraba tan agresivo esa noche. ¿Y si

se ponía violento físicamente? ¿Y si intentaba pegarle? ¿Y si de repente se abalanzaba sobre ella? No es un caso tan raro, le argumentaba yo, sabes perfectamente que mi hermana ha llegado más de una vez a casa con la cara marcada por culpa de un hombre, Loïc el jugador de fútbol que me parecía tan guapo, sabes perfectamente que mi hermano zurraba a una mujer que acabó llamando a la policía, llevo toda la vida, y sobre todo en nuestra familia, viendo a hombres que pegan a mujeres, y no quiero que te pase lo mismo, le decía yo, *No quiero que te pase lo mismo, tienes que marcharte, tienes que irte ya*, y mientras intentaba convencerla, el hombre detrás de ella no paraba de soltarle exabruptos, Por qué me miras así, acaso te crees que porque le vayas con el cuento a tu hijo me voy a acojonar, pedazo

de zorra,

de gilipollas,

acaso te crees que el mamón de tu hijo me asusta,

y aproveché aquellos insultos para decirle, a ella —mi madre—, Pero míralo, escucha cómo te habla, lo estoy oyendo todo, tienes que marcharte, mi amigo Didier irá a ayudarte, por favor, escúchame, mamá, coge algo de ropa y a tu perro y lárgate de ahí, por favor, lárgate, pero ella me contestó con la voz cansada de un animal herido, no hablaba, resoplaba, *No, no, no puedo marcharme así, tengo papeles que coger antes de irme, tengo la documentación aquí, esperaré a que se duerma para recuperarlos, él sabe que me tiene pillada porque tengo todas mis cosas en su casa.*

Le supliqué: *Pero la documentación no tiene la menor importancia, puedes rehacerla, lo reharemos todo, prometido, declararás que lo has perdido todo y lo renovaremos, vamos,*

*márchate, vete de ahí*, le insistí: *Si me has llamado, es porque te has visto en peligro, de lo contrario no lo habrías hecho, tienes que irte esta noche,* pero mis súplicas no servían de nada, ella no iba a cambiar de opinión, de hecho, me di cuenta de que me estaba poniendo muy pesado, y de repente tuve miedo, miedo de añadir dificultades a una situación ya de por sí asfixiante, me sentí culpable, y no intenté ni persuadirla ni convencerla más.

Suspiré:

—¿Estás segura de que podrás soportar la noche si te quedas?

Ella respiró hondo. Había dejado de llorar:

—Una mala noche más no va a cambiar nada. De todos modos, muy pronto estará tan borracho que se quedará dormido y me dejará en paz. No te preocupes, estoy acostumbrada.

Ya sabía yo que estaba acostumbrada. De niño, veía siempre a mi padre llamándola

Vacaburra,

Foca

o la Gorda, sobre todo delante de otras personas, para hacerles reír y para humillarla. Ya sabía que estaba acostumbrada, pero precisamente quería que dejara de estarlo.

Ella repitió:

—No te preocupes por nada. Me las arreglaré. Siento haberte llamado.

Le hice prometer que se marcharía al día siguiente, en cuanto pudiera, y me lo prometió. Le pregunté:

—¿Quieres que me quede contigo al teléfono? Puedo quedarme hablando contigo toda la noche si quieres.

Pero ella se negó.

—No. Si me ve hablando contigo se enfadará aún más. Haré como que no oigo lo que me dice hasta que esté tan borracho que se acabe quedando dormido.

Colgué y luego escribí a Didier. Cuando su nombre apareció en la pantalla de mi teléfono, respondí y le conté lo que acababa de pasar. Didier me contestó que se presentaría en mi casa al día siguiente a la hora que le dijera para abrirle la puerta a mi madre y darle las llaves. Le pregunté si podía sacar algo de dinero y adelantárselo, para que ella comprara comida y productos básicos, dinero que yo le devolvería en cuanto volviera a París, y Didier me dijo que desde luego, que por supuesto que lo haría.

Colgué el teléfono, miré a mi alrededor, en la habitación, y esperé. No sé qué esperaba exactamente.

Intenté pasar la noche con la mayor normalidad posible. Pero no podía. Estaba seguro de que iba a producirse una catástrofe de un momento a otro. Escribí a mi madre por WhatsApp: ¿Estás bien? No estará degenerando la cosa, ¿eh?

Ella me contestó: Estoy bien. Vete a la cama, no te preocupes. Me la imaginaba acurrucada en un rincón del salón mientras el hombre gritaba junto a ella; imaginaba la luz de su teléfono reflejándose en su cara mientras tecleaba, los tonos verdes y violetas en su piel haciéndola aparecer y desaparecer sucesivamente. Recordé haber leído en un libro de historia que una vez se encontraron unos cuerpos de mujeres del Neolítico con el esqueleto fracturado por la

violencia de los hombres. La violencia que padecía mi madre olía a cuevas y cavernas de la prehistoria, a violencia milenaria.

Volví a preguntarle: ¿Se ha dormido ya? Esperaba sus respuestas.

Me levanté y me puse a andar en círculos.

¿Me estaba pasando? ¿Exageraba? ¿O es que ella había vivido tantas escenas así que al final era capaz de adaptarse mejor que yo, a pesar de que era a ella a quien maltrataban e insultaban, y no a mí?

¿Me estaba mintiendo sobre la gravedad de lo que estaba sucediendo?

Sospechaba que sí.

Me acordaba de mi hermana, que apareció una noche de mi adolescencia con marcas en la cara y una mentira que nadie se creyó: *Me he vuelto a dar un golpe en la cabeza qué tonta soy.*

Me acordaba de las historias que mi padre confesaba sobre su padre —mi abuelo—, que, cuando bebía, arrojaba sillas a la cara de su mujer, historias que ella —mi abuela— nunca contaba.

¿Puede que mi madre tampoco lo dijera todo?

Finalmente me escribió: Ya está, se ha dormido. Mañana me marcho de aquí, te lo juro. Vete a la cama.

Me obligué a creerla, me tragué un somnífero, me acosté y dejé encendido el teléfono. No quería perderme una llamada, una noticia. Temía un accidente, soñaba con un milagro.

Día siguiente. Ella esperó a que me despertara, a que apareciera yo *en línea* en la aplicación de mensajería instantánea, y me escribió:

«Estoy lista.»

Protesté: «Pero ¿por qué no me has avisado antes si estabas levantada?» Ella me contestó: «Quería dejarte descansar.»

Pasé toda la noche con miedo a que renunciara. Tuve pesadillas en las que me telefoneaba para decirme que había cambiado opinión, que se quedaba; se lo dije, pero parecía segura de su decisión:

—No, se acabó. No voy a dejarme avasallar más, me voy de una vez por todas.

El hombre con el que vivía seguía durmiendo, así que era el momento perfecto para marcharse. Había conseguido recuperar esos documentos administrativos tan importantes para ella, rebuscando en los cajones: su libro de familia, la tarjeta sanitaria, sus recetas médicas. Su carnet de identidad. Había preparado una bolsa pequeña de ropa con camisetas, unos cuantos pares de calcetines y un solo pantalón, además del que llevaba puesto; la víspera, al hablar con ella sobre su partida y esbozar un plan para su evasión, le aconsejé que se llevara lo mínimo posible para no cargarse y evitar que se lastimara la espalda.

Me imaginé que una maleta más pesada podría hacer la huida más difícil, más lenta, y que el hombre con el que vivía podría oírla, notar los ruidos en la escalera, despertarse y atraparla, esa idea estuvo dando vueltas y más vueltas en mi cabeza como una visión espantosa, me imaginé a ese hombre poniéndole la mano en el hombro y preguntándole, *¿Adónde crees que vas? Tú no te mueves de aquí*, y a ella, petrificada, incapaz de moverse debido a su enorme maleta, a él encerrándola de nuevo, vigilándola para que no intentara escapar, le describí la imagen, mi miedo a que se hiciera

realidad, pero ella seguía diciéndome que sólo tenía una mochila, una bolsa minúscula fácil de llevar, y a su perro.

Así que todo estaba listo.

—¿Vamos?

—Vamos.

Pedí un taxi a distancia desde el piso donde me alojaba, en Atenas, a miles de kilómetros de su cuerpo cansado, de su respiración entrecortada.

Menos de cinco minutos después, el conductor me comunicó que estaba delante de la puerta. Ella bajó:

—Me marcho.

Dejaba atrás años de vida, ropa, objetos que había comprado a lo largo del tiempo para que el apartamento pareciera, como ella decía, menos siniestro.

Me figuraba su cuerpo de metro cincuenta y ocho huyendo hacia la calle, con la mochila colgada de los hombros, su perrito bajo el brazo, su paso apresurado para recorrer el espacio entre el edificio y el coche que la esperaba, y su aliento, su aliento, y me la imaginaba repitiéndose a sí misma, en su fuero interno: No me voy a dejar avasallar nunca más. Se acabó.

Llamé a Didier para avisarle de que ella iba a mi casa; él estaba ya de camino también. No había esperado mi señal, supuso lo que pasaba y decidió adelantarse.

En la pantalla de mi teléfono, un coche negro en miniatura representaba el taxi que recorría los diferentes distritos de la ciudad, con mi madre en su interior. Yo fruncía el ceño como si así pudiera

verla, como si a fuerza de concentración pudiera transformar ese símbolo en materia viva, documental.

Se marchaba.

Ella llevaba siete años viviendo en París. Cuando hablaba de eso, a menudo me decía: «¡No me puedo creer que esté viviendo aquí! En París. ¡Haber empezado una nueva vida a mi edad, con más de cincuenta años!»

Ella, que había pasado la mayor parte de su vida en un pueblo aislado del norte de Francia, donde yo crecí a su lado, un pueblo de apenas mil habitantes, lejos de todo, ella, que parecía condenada a no moverse nunca, un buen día lo hizo: burló su destino.

En ese pueblo conoció al hombre del que tendría que huir siete años más tarde, pero que antes le permitió escapar. Ella —mi madre — acababa de echar a mi padre después de más de veinte años de matrimonio, veinte años durante los cuales él esperaba de ella que cocinara,

que limpiara la casa,

que hiciera la compra,

que tendiera la colada,

que fregara los platos,

que se callara mientras él veía la tele, seis o siete horas al día, so pena de despertar su ira,

no pudo soportar más esa atmósfera y milagrosamente consiguió echarlo de casa.

Tras la ruptura, vivía sola con mi hermano y mi hermana, menores que yo, y varias veces a la semana, al final de la tarde, se reunía con su vecina en el jardín contiguo al suyo para beber licor de lichi o unos chupitos de whisky.

Allí, durante uno de aquellos aperitivos rituales, frente al sol que se ponía a lo lejos tras las chimeneas industriales, apareció un hombre. Era el primo de la vecina. Era de esa región, pero vivía en París desde hacía unos diez años, en uno de los barrios más lujosos de la capital: trabajaba de portero. Se quedó mirándola y le sonrió, intentó seducirla; ella no pudo resistirse, se acostaron juntos y, después de unos meses en los que se vieron ocasionalmente, se fue con él a París, donde yo estaba estudiando.

La primera vez que volví a verla, en una callejuela cerca del Sena, iba bien peinada, maquillada; sonreía; nunca la había visto tan *consciente de sí misma*. Leí en su expresión su alegría y su asombro por lo que estaba viviendo. Hay que entenderlo: la mayoría de las mujeres que ella y yo habíamos conocido en el Norte vivían y morían en el mismo pueblo, o se mudaban a unos kilómetros como mucho, pasaban la vida con el mismo marido, incluso cuando ya no lo amaban: aguantaban. Pero mi madre no. Ella no. Fue ese orgullo lo que leí en su cara aquel día. Me espetó: «¿Has visto qué guapa estoy ahora que vivo aquí?», y yo le contesté: «Sí, sí, es verdad, estás muy guapa. Eres la reina de París.»

Ella no sabía, y yo tampoco podía saberlo, que ese sueño duraría tan poco.

Había otra cosa: mientras ella se subía al taxi la mañana de su huida, yo me acordé del día en que le prometí que pasaríamos una velada juntos en un restaurante cerca de la torre Eiffel. La vergüenza es una memoria. Me acordé porque estaba avergonzado. Habían transcurrido tres o cuatros años desde que se mudara a París, yo llevaba varios meses sin verla y le escribí para decirle que esa noche sería una oportunidad para pasar una velada juntos y hablar. Me contestó casi al instante:

«¡Sí! ¿A qué hora?», y yo le sugerí:

«¿21 horas?»

Pero al final del día, un fotógrafo de paso por París me invitó a cenar con él y acepté. Escribí a mi madre para decirle que tenía un problema, un imprevisto de última hora, una cita profesional importante. Mentí. No era una cita profesional, no era importante, pero cenar con un artista de fama mundial en vez de con ella me halagaba, ingenuamente.

Reaccionó con una interjección: «Ah.»

Luego otro mensaje, unos minutos más tarde: «Es una pena, me había puesto muy guapa —*ponerse guapa* era su revancha con la vida desde que dejó a mi padre y se trasladó a una gran ciudad, una forma de reivindicar su cuerpo y no verse reducida a la condición de esclava doméstica—: Cuando pienso que pasé años en chándal limpiando una choza en medio de la nada mientras tu padre veía la tele, sin ocuparme nunca de mí, todo eso se acabó.»

Ahora que sabía lo que había sufrido en casa de ese hombre con quien vivía en París, que bebía, que la insultaba, que la agredía, recordé la escena de cancelación de la velada con ella y me quedé paralizado por la vergüenza. Deduje que las salidas, ya fuera la que

tanto la había ilusionado, o cualquier otra, debían de representar una escapatoria, por breve que fuera, de su vida cotidiana.

Un afuera.

Más adelante me diría: «Llevaba mucho tiempo así con él, pero no te lo conté por no preocuparte.»

Después de aquello, mi vergüenza seguiría creciendo, ocupando cada vez más espacio dentro de mí.

Pero prosigamos: cruzaba la ciudad en taxi con su perro en el regazo, su mochila junto a ella. Una mujer que huye. Desde Atenas, yo supervisaba en mi pantalla el avance del coche por las calles de París.

Didier ya estaba en mi casa; diez minutos más tarde la oyó subir por la escalera, lentamente a causa de su peso y de su respiración entrecortada por el asma y el tabaco.

Entró en el piso con la frente bañada en sudor. Didier le dijo: «Es usted muy valiente. Siempre es difícil huir. La admiro.»

Ella me lo repitió por teléfono al día siguiente: «Tu amigo me dijo que era una valiente. Y que me admiraba. Se notaba que lo pensaba de verdad.»

A lo largo de su vida, mi madre se aferró a menudo a los cumplidos que recibía; le daban, y le siguen dando, la impresión de ser vista por fin, de existir a los ojos y en las palabras de los demás, y de romper así con la invisibilidad que le imponían la pobreza y la convivencia con hombres empeñados en destruirla. De niño, llegaba a repetirme varias veces en un mismo día un comentario elogioso

que le habían hecho en el supermercado o en la plaza del ayuntamiento, y a mí aquello me fastidiaba. Le gritaba: «¡¡¡Si ya me lo has dicho mil veces!!!»

Ahora lo entendía.

Didier le cogió la mochila, la puso en la mesa y se quedó unos minutos con ella, charlando; pero temía cansarla. Esa misma noche me confesaría que la había encontrado muy débil y que no sabía si quedarse o irse, si hacerle compañía o dejarla sola. Le dijo, sencillamente, que haría lo que más le apeteciera a ella, y ella susurró: «Sí, creo que necesito descansar.»

Le entregó el dinero que yo le había pedido que me adelantara, además de algunas compras que había hecho para ella, le repitió que podía llamarle cuando quisiera, y se fue.

Cuando me avisó de que se iba a su casa, surgió en mi mente una nueva imagen, la de mi madre en el silencio de mi piso, entre dos vidas, entre un pasado del que huir y un futuro desconocido.

No sé si esta imagen me parecía bella o trágica, bella porque mi madre acababa de liberarse, o trágica porque tenía que empezar de nuevo, liberarse una vez más, ella, que pensaba que su felicidad estaba asegurada para siempre desde que dejó a mi padre.

Cuántas veces me había dicho después de la ruptura: *¡Por fin voy a ser libre!* No lo era. Tenía que seguir luchando.

Didier me escribió: «Creo que te va a necesitar.»

Miré la hora. Pensé. Creí que debía darle tiempo para instalarse; conté, cinco minutos, diez minutos, y luego le hice una videollamada para ver cómo se encontraba.

—¿Estás bien? ¿No te resulta demasiado duro?

Su voz sonaba ronca:

—Estoy bien. Estoy cansada, pero bien.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. El cansancio siempre había sido el gran indicador de la injusticia en la vida de mi madre. Cansada de verse reducida al espacio doméstico, cansada de ser humillada, cansada de salir huyendo, cansada de tener que empezar de cero una y otra vez.

Hay personas que se dejan llevar por la vida y otras que tienen que luchar contra ella.

Los de la segunda categoría siempre están cansados.

Estuvimos mucho rato al teléfono, hablando por vídeo; me contó que había recogido sus cosas y había preparado la bolsa, que había esperado a que el hombre con el que vivía se durmiera, desplomado borracho en el sofá, que incluso cuando se le cerraban los ojos y empezaba a dormitar, él había seguido profiriendo insultos, mecánicamente. Con las prisas había olvidado algunas cosas importantes, objetos de los que no quería desprenderse, que le habría gustado llevarse consigo, así como toda la ropa que no había podido coger, y yo intenté tranquilizarla prometiéndole que enviaría a un amigo a por todo.

Tenía hambre; le ofrecí encargar una comida a domicilio para que no tuviera que cocinar ni fregar los platos. La idea de que tuviera que hacer tareas domésticas en ese contexto me incomodaba.

—Encargaré tus comidas todos los días y te las llevarán, sólo hasta que superes esto, ¿de acuerdo? Será nuestro pequeño ritual. Probaremos diferentes restaurantes, platos indios, platos libaneses.

¿No me estaba pasando otra vez? Le pregunté, pero ella me cortó enseguida:

—Estoy sin fuerzas, así que no me importa hacer lo menos posible.

Había algo más: yo tenía miedo de que se aburriera en mi casa. Estaba en un entorno que no era el suyo, sola, rodeada de los libros que yo había acumulado en los últimos años. Sobre todo, en mi piso no había televisión y yo sabía que ella la veía mucho, especialmente para pasar la tarde.

Me contestó que no le importaba, que vería una película en su teléfono; de todos modos, le dolía la cabeza, no podía concentrarse en nada.

A su frase siguió un breve silencio, miró alrededor de la habitación y me di cuenta de que tenía que dejarla descansar. Le dije:

—Vale, mañana te llamo. Intenta relajarte un poco ahora.

—Sí, voy a echarme una siesta. Creo que dormiré la siesta todo el día, comeré y luego me iré a dormir.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—Quiero que sepas que estoy orgulloso de ti.

Apenas un año después de mudarse a París, llamó a la puerta de ese mismo apartamento a media tarde. Me sobresalté; nunca nadie viene a mi casa así, sin avisar.

Estaba escribiendo; cerré la tapa del ordenador y fui a abrir. Era ella. Le pregunté:

—¿Qué pasa? No puedes venir a mi casa sin avisarme cuando estoy trabajando, eso no se hace, tengo que estar concentrado.

Ella me contestó, con voz desolada:

—No te quitaré mucho tiempo, sólo quiero ir al servicio.

Levanté la vista al techo:

—Sí, claro…

Esperé a que saliera del baño y se sentara. Le serví un zumo de naranja.

—Pero ¿por qué no has ido a una cafetería? Pides una bebida y usas su aseo, así de sencillo.

(No me atreví a decirle que se trataba de una diferencia entre la ciudad y el campo, que en la ciudad es tabú y casi imposible llamar a la puerta de alguien, incluso de un allegado, sin avisarle de antemano.)

Ella respondió:

—No podía ir a una cafetería.

—¿Por qué?

—Porque no tengo dinero.

Me explicó que, al irse a vivir con el hombre con quien mantenía una relación, había perdido las ayudas sociales que percibía tras su ruptura con mi padre, y que, al mudarse a París, también había dejado atrás su trabajo a tiempo parcial, que, junto con las prestaciones, le garantizaba cierta independencia.

Al irse a vivir con un hombre a su casa, se había vuelto dependiente.

—Y cuando discutimos, me dice que si me pongo en ese plan no me dará más dinero. Así que no tengo ni dos euros para tomarme un café e ir al baño. Hoy quería dar un paseo y me he alejado demasiado de nuestra casa. Por eso he tenido que venir a la tuya, si no no te habría molestado.

Había olvidado por completo esa escena, pero de repente me acordé.

La vergüenza es una memoria.

Día siguiente a su huida, once de la mañana. Acababa de despertarme. Me tomé varios cafés y la llamé:

—¿Cómo te encuentras hoy?

Parecía sin aliento, como si acabara de correr.

—Sigo cansada, pero estoy bien. He dormido mucho. Me alegro de haberme ido.

Me tranquilicé; me preocupaba que se arrepintiera de su huida y se echara atrás.

Didier tenía la misma preocupación que yo: «Ahora que ha hecho lo más difícil, es importante que aguante y no vuelva con ese hombre. Se necesita tanta energía para huir y liberarse que, a menudo, en medio de la evasión, una se da por vencida y da media vuelta.»

Didier tenía razón, a menudo preferimos rendirnos al sufrimiento conocido que aventurarnos a una situación nueva. Ya había sucedido; tendría yo ocho o nueve años, ella intentó dejar a mi padre por primera vez.

Llamó a su hermana, que fue a buscarnos —a nosotros, es decir, a mi madre, a mis hermanos y mis hermanas y a mí— y nos fuimos, todos, a vivir a su piso de la ciudad, que desprendía un penetrante olor a plástico debido al revestimiento del suelo recalentado por los rayos del sol. Pero dos o tres días después mi madre anunció que

volvíamos a casa. Mi padre telefoneó para rogarle que volviera y ella cedió: ¿cómo se las arreglaría, sin dinero, sin ninguna cualificación, sin carnet de conducir, sin formación profesional, sola con cinco hijos?

Más tarde diría de ese momento de su vida: «Me habría gustado irme, pero ¿adónde? ¿Y cómo lo habría hecho?»

Me sentí traicionado, yo que soñaba con una vida sin padre: era demasiado joven y aún no sabía que la libertad tiene un precio, un precio que mi madre no podía pagar.

Así que esa mañana, al día siguiente de su huida, le pregunté otra vez:

—No volverás con ese hombre, ¿me lo prometes?

Ella respondió:

—Oh, no, he recuperado mi libertad y quiero conservarla. Te lo prometo.

Cambié a un tema menos serio:

—¿Qué vas a hacer hoy? ¿Tienes alguna idea?

Se encogió de hombros.

—Hacer compras con el dinero que me dejó tu amigo Didier, pasear al perro… No sé. Confieso que no sé qué hacer.

Me sentí mal al oír su respuesta. Si hubiera estado con ella, podría haberla llevado a pasear, a ver una película al cine o a tomar cócteles en el bar de un hotel para distraerla —cuando se instaló en París, las primeras semanas, la invité a que me acompañara a los hoteles más lujosos de la ciudad, el Park Hyatt, el Ritz, el Plaza

Athénée, sitios a los que nunca se me habría ocurrido ir en un contexto normal. Quería hacerle vivir momentos inolvidables para celebrar el principio de su nueva vida, llevarla a visitar lugares típicamente bellos e inaccesibles, y me acordaba de lo mucho que le habían gustado esos episodios de un lujo que siempre creyó inalcanzable, y la forma en que solía decir, alzando su copa y recordándome que unos años antes aún vivía con mi padre en una casa en ruinas de un pueblo del Norte:

—Nos las arreglamos bastante bien los dos, ¿no?

Esta vez no era posible; me disculpé por estar tan lejos de ella, tenía una beca de residencia de creación literaria en Atenas y necesitaba el dinero asociado a ese contrato. En cualquier caso, gracias a esa situación, y a la espera de que encontrara una solución duradera, mi piso estaba libre y ella podía instalarse ahí; sin embargo, hoy no puedo evitar preguntarme: ¿debería haber vuelto? ¿Hay más cosas que podría haber hecho y no hice? ¿Hasta qué punto estoy reconstruyendo mi recuerdo de lo sucedido?

Le dije:

—Mira, mamá, te aburrirás en mi casa si no tienes nada que hacer. Llamaré a un amigo para que venga a instalarte un televisor, pero mientras tanto puedes usar mi ordenador para ver películas y series.

Se mordisqueó el labio inferior.

—No sé cómo hacerlo, no entiendo nada de esas cosas, ya lo sabes.

No se me había ocurrido, todavía no: en realidad mi madre nunca había utilizado un ordenador.

—Puedo enseñarte por videoconferencia.

Ella, con aspecto agotado y la voz cansina, se resistió:

—Oh, no, déjalo, veré cosas en mi teléfono…

Insistí:

—Te prometo que no es tan complicado. Si te aburres, te sentirás desgraciada. Y si te sientes desgraciada, querrás dar marcha atrás…

Le propuse volver a llamarla en un par de horas para darle tiempo a que se duchara y se arreglara, a que se tomase un respiro. Podría utilizar ese intervalo para pensárselo, y si no le apetecía, no lo haríamos. Colgué y salí a pasear por la calle, fuera el sol pegaba con fuerza, obligándome a cerrar los ojos.

Un paréntesis: mi madre nunca aprendió a utilizar un ordenador, como tampoco pudo aprender a conducir ni cursó ninguna formación profesional.

Todas estas ausencias en su vida formaban parte de un mismo sistema.

Cuando tenía diecisiete años y se quedó embarazada por primera vez, interrumpió su formación como cocinera para criar a mi hermano. Su primer marido prosiguió su aprendizaje.

Cuando más tarde quiso sacarse el permiso de conducir, mi padre la disuadió: dijo que no tenía necesidad, que bastaba con que le pidiera que la llevase donde ella quisiese; algo que, por supuesto, ella nunca hizo.

En el momento en que habría podido familiarizarse con la informática, no tenía tiempo, ya que

preparaba el desayuno para los niños todos los días,

los despertaba para ir a la escuela,
les planchaba la ropa,
iba a buscarlos a la salida de clase;
*nunca vi a mi padre hacer ninguna de estas tareas en quince años.*

Nunca hizo nada para sí misma.

Hasta ahora, su vida había sido una vida para los demás.

Su rostro reapareció en la pantalla de mi teléfono. Se había puesto unas gafas como si se dispusiera a hacer algo serio.

—¿Estás preparada?

—Sí, estoy lista. Estoy delante del ordenador.

Bromeé:

—Estás muy mona con tus gafitas.

Y ella se echó a reír:

—Mira que eres tonto…

—Bueno, pongámonos serios, allá vamos.

Había que encender el ordenador. Tardó unos segundos en encontrar el botón que le describí, luego oí el sonido que indicaba que lo había conseguido y se abrió la página de inicio. Comencé: *Te voy a deletrear mi contraseña. ¿Me oyes? La primera letra es una M mayúscula*. Ella repitió la frase, con voz más vacilante y alargando las vocales, *De acuerdo, vaaaale, la primeeeera leeetra, M mayúúúúscuuula*. Se detuvo:

—¿Cómo se pone una mayúscula?

—Pulsas la tecla de las mayúsculas y al mismo tiempo la M.

Emitió un leve sonido nasal.

—Pero ¿dónde está la tecla de las mayúsculas?

Breve silencio.

Vacilación.

Iba a ser más difícil de lo que pensaba.

—¿Ves las teclas más a la izquierda del teclado? La mayúscula debe de ser la tercera o la cuarta desde abajo, con una flecha grande apuntando hacia arriba. Será más o menos el mismo teclado que el de tu teléfono cuando envías un mensaje.

No pudo encontrarlo. Me dijo:

—No existe esa tecla…

Y yo respondí:

—Sí, mamá, mira bien.

—Te juro que no está.

—Tiene que estar.

Breve silencio.

Vacilación.

—¡Ah, ya la veo!

Terminé de deletrear la contraseña, que tecleó letra por letra:

—Y ahora pulsa *Enter*.

Ocurrió lo mismo que con la tecla de las mayúsculas.

—¿*Enter*?

—Sí… Es una de las teclas del final, a la derecha, una tecla grande, debería poner *Intro* o *Enter*.

Buscó:

—Pues…

Luego resopló y se quitó las gafas:

—Prefiero dejarlo, ya lo haremos otro día.

Insistí:

—Vamos, puedes hacerlo. Y una vez que sepas usarlo, lo habrás aprendido para el resto de tu vida… Has conseguido dejar a un alcohólico, conseguirás encender un ordenador.

Volvió a reírse y me reí con ella.

—Permíteme recordarte que no he dejado a uno, sino a tres. He tenido tres maridos. Tres borrachos.

—Razón de más para saber que puedes utilizar un ordenador. ¿Seguimos?

Se frotó los ojos.

—De acuerdo.

Respiró hondo y continuamos, paso a paso.

Yo le decía que abriera una ventana, que arrastrara el ratón por la pantalla, pero ella no entendía qué querían decir esas frases. Le decía: *Haz doble clic*, *Cierra esa página*, pero no conocía el significado de ninguna de esas palabras, de esas expresiones; nunca pensé en ello antes, pero de repente me di cuenta de todo el vocabulario técnico que hay que dominar para conectarse a un sitio web.

Saqué el portátil con el que trabajaba en el apartamento de Atenas y le enseñé lo que debía hacer para que pudiera imitarme, acercando la cámara a mis dedos para indicarle los gestos y las acciones y que así pudiera repetirlos.

Susurraba, con el ceño fruncido, *Vale*, *Sí*, *Ya está*.

Suspiraba, se desanimaba, se le notaba el cansancio del día de su huida en la mirada, yo me sentía culpable por haberla empujado a

esa situación, pero se reponía enseguida; a veces saltaba en la silla y gritaba: *¡Lo he hecho bien a la primera! ¡Pero qué mujer tan lista soy!*

Después de casi media hora, consiguió abrir la página de una plataforma de *streaming*.

Dejó las gafas en la mesa y musitó: *¡Lo conseguí!*

Tenía cincuenta y cinco años y, juntos, a ambos lados de la pantalla que nos separaba, intentábamos recuperar todos los años que le habían robado.

Cuando puso las gafas en la mesa que tenía delante, no sólo dijo: *¡Lo conseguí!* También me dijo: *Te quiero, hijo mío*.

No supe qué contestar.

La vergüenza que sentí despertó mis recuerdos y me acordé de una ocasión en que el hijo de mi hermana fue a pasar un fin de semana largo con mi madre en París. Había cumplido seis años la semana anterior y ella quiso enseñarle su nueva vida, su barrio, sus costumbres recién instauradas; fue poco después de mudarse.

Durante esas vacaciones, ambos hicieron todo lo que se espera de un viaje turístico, recorrieron las calles próximas al Louvre, pasearon por los grandes almacenes, comieron helados en los parques, en los jardines de Luxemburgo y las Tullerías. La víspera de su último día

juntos, me reuní con ellos cerca del Odeón y le pregunté a mi madre:

—Arthur vuelve a su casa mañana, ¿no?

Ella le cogía de la mano y, de repente, se le hizo un nudo en la garganta:

—Sí… Se va mañana voy a echarle de menos… Soy feliz con él.

Su emoción me sorprendió, me desestabilizó: de niño, nunca la había visto tan conmovida cuando se separaba de uno de mis hermanos o una de mis hermanas. Nunca la había visto tan dulce o tan sentimental.

De niño, cuando vivía con ella, mi madre era una mujer más bien dura. La situación que le hacía sufrir mi padre la sumía en un estado de opresión y de ansiedad permanente, y la transformaba a menudo en una persona cruel. La recuerdo fumando un cigarrillo en los rincones poco iluminados de la casa y hablando mal de los vecinos o de sus propios hijos. Durante años soñé con otra madre, con tener otra madre en lugar de mi madre, más tierna, más cariñosa.

Pero después de dejar a mi padre e instalarse lejos de él, cambió.

La escisión era clara y precisa: estaba mi madre antes de la ruptura y mi madre después de la ruptura, como dos personas distintas. Esa transformación no se limitaba a la dulzura: también se había vuelto más divertida, expresaba más empatía.

Ella era consciente de esa metamorfosis.

Más tarde me hablaría de su separación del hombre con quien convivió en París: «Quería marcharme antes de que me hiciera volverme mala como ocurrió con tu padre, que me volvía mala.»

Era el segundo día después de su fuga en taxi por toda la ciudad. Parecía encontrarse mejor, su rostro estaba cambiando. Había explorado el barrio con el perro y había visto una película; me dijo que le gustaba ese ritmo en el que decidía por sí misma. En el que no tenía nada más que considerar, excepto sus propios deseos.

El hombre del que había huido la llamaba varias veces al día, le dejaba mensajes de voz, en algunos mensajes le suplicaba,

Vuelve cariño te echo de menos,

en otros se enfadaba, le gritaba, la insultaba,

Qué coño haces,

Te crees muy lista largándote así,

exigía explicaciones, no entendía por qué había desaparecido, quería saber dónde estaba.

—Borro sus mensajes en cuanto los recibo. Y ¿sabes qué? Me da mucho placer oírle suplicar así.

A mi madre se le había acabado prácticamente todo el dinero que pedí a Didier que me adelantara y le prestara, tuvo que gastarlo en comprar los artículos de la vida diaria que faltaban en mi casa, comida para el perro, champú, café, lavavajillas, fruta; hice una transferencia a su cuenta bancaria, y esbozamos una especie de balance entre los dos: había recuperado las fuerzas, se sentía mejor, tenía suficiente para comer y entretenerse, estaba segura de que no volvería a lo de antes; soñaba con volver a empezar.

Así que el siguiente paso era averiguar dónde iba a vivir. Ya intenté preguntárselo el día siguiente de la huida, pero ella suspiró, no molesta, creo, sino perpleja, y me dijo, medio perdida, como rogándome que dejara de hacerle preguntas: *No lo sé, no lo sé.*

Ese día pensé que había llegado la hora de sacar el tema; en algún momento volvería de Atenas, y aunque no fuera así, ella necesitaba un sitio *propio*.

—¿Lo has pensado?

Asintió con la cabeza:

—Sí, he estado dándole vueltas. He pensado que quizá podría vivir en el pueblo al que se ha mudado tu hermana. Es un pueblo muy bonito y me permitiría ver a sus hijos…

Era una idea excelente; no sólo podría encontrar una casa en lugar de un piso minúsculo en París o en las afueras por el mismo precio, sino que, sobre todo, mi hermana estaría más disponible que yo para verla y pasar tiempo con ella; yo tenía que reconocer que, en varios años viviendo en la misma ciudad, sólo la había visto unas diez veces, no más.

—Tienes razón, creo que te encontrarías bien allí. ¿Empezamos a mirar los anuncios en los sitios web de las agencias inmobiliarias?

Ella asintió:

—Si quieres, puedes echar un vistazo, y si hay cosas interesantes, me las enseñas. ¿No te importa ocuparte tú?

Le dije que me encargaría de hacer una primera selección y se la enviaría.

¡Durante esos días de evasión y preparación para su Nueva Vida, mi madre necesitaba que se hicieran cargo de ella *totalmente*. Sentía que tenía derecho a descansar y a recibir una *ayuda radical* después de lo que acababa de vivir, y yo estaba de acuerdo, lo hacía con

gusto; Didier lo había hecho por mí años antes, cuando, después de una operación, estuve postrado en cama durante unos días. Me había traído la cena, me había llamado casi a todas horas, me había dado libros, me había hecho compañía hasta la noche, en el fondo, ahora reproducía con mi madre lo que la amistad me había enseñado, en el fondo, ella —mi madre— consideraba, y yo había llegado a la misma conclusión, que la emancipación no sólo pasa por la acción, sino también, en determinadas circunstancias, por un derecho a abandonar, a delegar, a retirarse.

Empecé a buscar una casa para ella. Entraba en páginas web de agencias inmobiliarias, descargaba aplicaciones, tecleaba «casas en alquiler» y el nombre del pueblo de mi hermana en Google. Visitaba todas las páginas virtuales pero no encontraba nada; no lo entendía. Tenía citas programadas en el marco de mi residencia ateniense, las anulaba para ganar tiempo, fingía que estaba ocupado escribiendo y entraba de nuevo en las mismas aplicaciones, retomaba la misma búsqueda pero sin especificar ningún criterio de precio o superficie para obtener el mayor número de resultados posible, volvía a intentarlo indicando el nombre de un pueblo vecino, recortando manualmente la zona geográfica en los mapas propuestos por sitios de compra y alquiler, pero aparecía el mismo mensaje una y otra vez: «No hay propiedades que coincidan con sus criterios de búsqueda.»

Lo intentaba, lo intentaba sin parar, en otros sitios. No exagero, es verdad, algunas veces aparecían uno o dos anuncios, pero las fotos

mostraban o bien una casa en ruinas, o bien una casa gigantesca demasiado lejos del pueblo de mi hermana, nada que coincidiera con la idea que tenía de un lugar donde mi madre podría vivir; y por primera vez sentí la importancia de esa expresión, *vivir* en alguna parte, y no sólo habitar, encontrar un lugar donde su existencia resultara vivible, y no sólo un techo o un refugio. Con el hombre con el que vivió, en realidad no había vivido. Había habitado con él, pero esa misma cohabitación le había hecho la existencia invivible. He de tener cuidado con las expresiones que utilizo: no era *el hombre con el que vivió, era el hombre con el que cohabitó*.

Telefoneé a Didier para preguntarle qué opinaba. Me aconsejó que llamara a una agencia de la región y llamé a la de la ciudad más cercana, a unos doce kilómetros del pueblo.

Descolgó un hombre.

Me hizo algunas preguntas y luego me indicó que había que ir a ver «sobre el terreno», como él decía: me explicó que en un pueblo tan pequeño se puede encontrar una casa en alquiler hablando con los vecinos o en la plaza del ayuntamiento, a veces gracias a un anuncio en el escaparate de la panadería o del estanco, pero no en internet, en las páginas que había consultado sólo aparecían casas en venta, salvo contadas excepciones; ¿cómo podía haber olvidado esta obviedad, habiendo crecido en un entorno rural y sido testigo de cómo funcionaban las cosas allí?

—¿Sabe de alguien que pueda ir a informarse en la zona, quizá en el ayuntamiento o en las tiendas?

Respondí en voz baja:

—Sí, sí, mi hermana vive ahí…

Se había instalado en ese pueblo tres años antes con su marido y sus dos hijos, lo sabía por mi madre, pero yo hacía ocho años que no hablaba con ella.

Se había enfadado conmigo cuando publiqué mi primera novela, un libro donde evocaba a nuestra familia y, en particular, la pobreza y la violencia que padecimos —ella tanto como yo—. Me envió mensajes insultantes al día siguiente de la publicación del libro, y después nada; no había vuelto a hablar con ella desde entonces, pero aún conservaba su número de teléfono.

Agradecí al agente inmobiliario sus consejos, cogí aire y llamé a mi hermana.

—¿Hola?

—¿Hola?

Intenté imaginar su rostro por las inflexiones de su voz. ¿Había cambiado?

—¿Me oyes? Soy yo.

—¿Édouard?

—Sí. ¿Qué tal estás?

—Bien. Cuánto tiempo…

—Es verdad…

No había ira en su voz. Más bien tristeza y nostalgia. Es extraño, la ira me habría hecho sentir más cómodo.

No sabía qué decir, y para romper el silencio anuncié, con tono precipitado, *Bueno, tengo que contarte algo*.

Le expliqué la situación, la huida de mi madre, la nueva vida que había que ayudarle a empezar, la casa que no encontraba.

Ella ya estaba al corriente de parte de lo que le decía. Me escuchaba, formulaba hipótesis; yo tenía la impresión de que en

cualquier momento podría interrumpirme para pedirme explicaciones por los ocho años de mutismo entre nosotros, pero no lo hizo. Se ofreció a llamarme al día siguiente o al otro, mientras, recorrería las tiendas cercanas a su casa y hablaría con gente con la que se cruzaba cada día al llevar a sus hijos a la escuela.

Le di las gracias, colgué y escribí a mi madre: *Sigo buscando, Clara me está ayudando. Es un poco más difícil de lo que imaginaba*.

Tiempo atrás había estado muy unido a mi hermana. A los quince años, combinaba ya los estudios con un empleo como dependienta en una pequeña panadería del centro del pueblo donde crecí junto a ella. Se quedó a tiempo completo cuando acabó los estudios, sin transición; soñaba con ser profesora de español, pero el orientador la desanimó, diciéndole que, en una región tan deprimida y pobre como el Norte, era mejor ser pragmática y ponerse a trabajar enseguida, en vez de arriesgarse a seguir estudiando.

Cada mañana salía muy temprano, antes del amanecer, para colocar el pan y los bollos en las estanterías, y regresaba a casa al final de la tarde.

Mis padres le exigían que les diera la mitad de su sueldo todos los meses para contribuir a los gastos familiares, y vivía esa situación como una injusticia: conocía a chicas, sus amigas, que trabajaban como ella y cuyos padres no les pedían nada; con ese dinero se compraban videojuegos, ropa, teléfonos.

Así que, cuando cumplió diecisiete o dieciocho años, se marchó y se instaló en un estudio de quince metros cuadrados en una calle

cerca de la panadería. A menudo me pedía que fuera a dormir con ella, normalmente en un mensaje que me enviaba a altas horas de la noche, cuando todos estaban ya acostados. Yo llenaba una mochila con mis cosas, dejaba una nota a mi madre sobre la mesa y cruzaba medio pueblo para ir a su casa; con mis pasos sobre el asfalto como único ruido de fondo.

Me quedaba a dormir con ella dos o tres noches por semana.

Recuerdo que veíamos series toda la tarde en su sofá, en su cuartito, y poníamos verdes a nuestros padres, de hecho, en esencia muchas de las cosas que decíamos sobre ellos, las escribiría yo después —por eso no me esperaba su reacción cuando se publicó el libro. Recuerdo que nos íbamos de discoteca por la noche y que cantábamos a voz en grito en el coche, que íbamos al supermercado los miércoles o los sábados por la tarde, durante horas, días enteros, a comprar ropa o refrescos, recuerdo reírme en los enormes pasillos climatizados del centro comercial, mientras en el aire flotaba el olor a comida industrial y a los detergentes que utilizaban para desinfectar los suelos.

Desde el día mismo en que empecé a estudiar, cuando nadie en nuestra familia lo había hecho antes, desde el día mismo en que empecé a leer libros, a ir al teatro, a interesarme por la historia del cine, todas estas cosas se volvieron imposibles de una forma brutal. De repente me aburría, odiaba las tardes en el supermercado, las veía como una pérdida de tiempo, despreciaba los videojuegos por estúpidos, empecé a decir —porque se lo había oído decir a alguien en la universidad— que el olor a comida rápida era repugnante, que me daba náuseas.

Dejé de pasar tardes o noches con mi hermana.

Cada vez la conocía menos, incluso antes de la ruptura.

También eso es la distancia de clase, la violencia de clase: no poder seguir cantando juntos en un coche, no poder seguir riendo juntos en los pasillos de un supermercado.

Dos días después de nuestra primera conversación en ocho años, sonó mi teléfono. Descolgué; era ella, mi hermana. Por la voz, adiviné su sonrisa:

—Buenas noticias, he encontrado algunas cosas.

Había buscado en todos los sitios posibles, en las tiendas, en el ayuntamiento, en los grupos de Facebook de los vecinos, había preguntado a todos sus conocidos e incluso a esos, casi desconocidos, con los que se cruzaba de camino al trabajo por la mañana pero con los que no solía hablar, y sus esfuerzos habían dado sus frutos: había encontrado dos lugares donde, llegado el caso, mi madre podría vivir: un estudio encima de la panadería del pueblo y una casita con jardín, en una calle tranquila, algo apartada. Me envió fotos de los dos lugares mientras hablaba conmigo. Deslicé las fotos de derecha a izquierda y le dije que tenía que colgar, quería llamar a mi madre y avisarla, no podía esperar.

Durante los dos días que mi hermana pasó buscando esos alojamientos, mi madre había empezado a soñar:

—¿Te das cuenta de que tengo cincuenta y cinco años y voy a vivir sola por primera vez en mi vida?

Cuando su cara apareció en la pantalla de mi teléfono, grité:

—¡Casi lo tenemos ya! ¡Hay dos casas! Una es más grande que la otra, pero las dos tienen muy buena pinta.

Gritó tan fuerte como yo:

—¡Cuéntamelo! Quiero saberlo todo.

¿Cuántas veces habíamos gritado juntos en nuestra vida, y no el uno al otro?

Resumí la conversación con mi hermana y le pregunté si quería ver las fotos de las dos casas. Sí, quería. Quería verlas enseguida. No sabía cómo ver las imágenes recibidas en su teléfono durante una llamada, así que colgué, le di cinco minutos y volví a llamar.

—¿Qué te parecen?

—Me gustan mucho.

Teníamos que actuar con rapidez: mi hermana me había dado el número del notario del pueblo, era él quien se encargaba de organizar las visitas.

Si éste me confirmaba la posibilidad de ver la casa y el estudio rápidamente, le enviaría a mi madre un billete de tren desde Atenas para que pudiera reunirse con mi hermana y comparar las dos casas con ella.

—¿Te va bien?

—Sí.

Dejé pasar dos o tres segundos:

—¿Y no será demasiado cansado para ti, todo este jaleo, justo cuando estás empezando a descansar?

Sólo hacía cinco o seis días que se había fugado, quizá no tenía ganas o no tenía fuerzas para todo ese trajín, ni para tomar decisiones tan importantes.

Pero una vez más me equivocaba, ella tenía prisa:

—¡Oh no, estoy feliz, no me voy a quejar por ir a visitar casas! Llama al notario y avísame.

Asentí con la cabeza, *Sí, sí, por supuesto*.

Antes de colgar me pidió:

—¿Podrías enseñarme un poco Atenas?

Me acerqué a una ventana y la abrí para que pudiera contemplar la piedra blanca, fuera, el pálido hormigón y las planchas de acero que forman el paisaje de la ciudad y que aquel día, como casi todos los días del año, reflejaban el sol. Le prometí que la visitaríamos pronto. Que iríamos juntos.

*¿Por qué sentía una necesidad tan profunda de ayudarla?*

Llamé al notario. Podía enseñar el apartamento y la casa dos días después. Su voz sonaba educada, amable.

Avisé a mi madre y reservé unos billetes de tren a distancia, para ella y para el perro; con la misma pregunta rondándome en la cabeza: *¿por qué sentía una necesidad tan imperiosa de ayudarla?*

Seguí llamándola a intervalos regulares a la espera de las visitas; ella tenía ganas de hablar.

Como muchas personas que escapan de una situación violenta, quería contar su historia:

—¿Sabes? Él llevaba mucho tiempo haciéndolo. Bebía demasiado y luego se ponía agresivo. Al principio de la convivencia, las cosas iban

más o menos bien, pero luego empezó a beber cada vez más temprano. A las seis de la tarde, luego a las cuatro, luego a las tres… Y al final se pasaba borracho toda la tarde. Se metía conmigo, pero sobre todo con mis hijos, especialmente contigo. Me decía, Tu hijo es maricón, francamente, ¿no te dan ganas de vomitar? Yo no soportaba que os insultara. Pueden tomarla conmigo, pero no con mis hijos.

Me dijo:

—También era mezquino con el dinero. Fue él quien quiso que viniera a París y me pidió que dejara mi piso de protección oficial en el Norte para vivir con él. Dudé… pensé: si las cosas van mal me veré atrapada con él. Y cuando se lo comenté, me contestó, No, ya verás, estaremos bien, yo cuidaré de ti. Pero, por supuesto, tenía razón al desconfiar. Cuando estaba borracho me reprochaba, Vives aquí a mi costa te lo recuerdo. Si cogía un trozo de mantequilla de la nevera, me decía, Coge menos mantequilla, ya se ve que no eres tú quien la paga. Si me preparaba leche caliente, me soltaba, Con media taza de leche caliente tienes bastante, no necesitas una taza entera. Yo le replicaba, Eres tú quien se ha empeñado en que viniera aquí a vivir, te lo recuerdo, pero él no me escuchaba, y volvía a lo mismo de siempre, De todas formas estoy harto de ti y de tu familia, de los inútiles de tus hijos, te has fijado en qué hijos tienes, un alcohólico, un vago y un maricón y tú de todos modos no eres más que

una gilipollas

una zorra.

Suspiré:

—Ya se terminó. No pienses más en ello. En unas horas estarás visitando tu nuevo hogar, y pronto estarás lejos de él.

La mañana de las visitas me desperté antes de lo habitual y esperé su llamada.

Tenía cita con los actores de una compañía de teatro griega para una sesión de trabajo vinculada a la escritura, y fui.

Cruzar toda la ciudad, llegar al teatro, oír voces lejanas.

No recuerdo nada. No escuchaba lo que me decían. Pensaba en mi madre, en los lugares que visitaba, en su nueva vida. Todo lo demás me parecía sin importancia. Todo lo demás parece hoy sin importancia en comparación con eso: la vida, su posibilidad.

A media tarde, recibí una videollamada y me salí de la reunión; esta vez eran ellas dos, mi madre y mi hermana, las que aparecían en la pantalla de mi teléfono. Redescubría el rostro de mi hermana por primera vez; no había cambiado mucho en ocho años. Los mismos rasgos, sólo un poco más cansados. Ella habló primero:

—Hemos visto el apartamento y la casa, ya está. ¿Has recibido los vídeos?

Sí, los había recibido y los había visto.

—El apartamento está justo encima de la panadería. Es pequeño pero muy mono, y además está en el centro del pueblo, donde están las tiendas. La casa tiene dos dormitorios arriba, un patio y un garaje. Es más grande, por lo que obviamente es más cara.

Pregunté por el precio de ambos:

—El de encima de la panadería está a 320. El otro a 480, creo que es demasiado para mamá.

Mi madre comentó:

—Es una pena porque la casa es realmente bonita, con un pequeño jardín. Habría sido ideal para mi perro…

Mi hermana se volvió hacia ella y frunció el ceño.

—Pero con el dinero que tienes, no es razonable. ¿Cómo te las vas a arreglar?

Mi madre se encogió de hombros.

—Lo sé, sólo lo decía por decir…

Les propuse volver a ver las fotos y los vídeos, con más tranquilidad, y pensarlo bien; una hora después volví a llamar a mi hermana; esperé a que estuviera sola para que mi madre no tuviera la impresión de que su destino lo decidían otros delante de ella en tercera persona:

—¿Seguro que no podemos cogerle la casa? Sería mucho más feliz. Creo que ya ha sufrido bastante hasta ahora…

—Estoy de acuerdo, pero mamá no tiene dinero…

—Tú y yo podríamos pasarle un poco de forma regular. Para que ella pueda tener la casa y un espacio exterior para su perro. Con las ayudas que reciba, saldrá adelante, y tal vez encuentre algún trabajillo…

Mi hermana se quedó pensativa, con aire apenado.

—Yo no puedo, en serio, tengo que ocuparme de mis hijos… Podré ir de vez en cuando a hacerle la compra si se muda aquí, comprarle comida cuando la necesite, pero no puedo darle dinero.

Insistí:

—¿Ni siquiera cuarenta o cincuenta euros?

—No, no puedo…

Me lo pensé y finalmente dije:

—Bueno, yo me encargo.

Lo que mi madre había considerado en su día una traición era lo que ahora nos permitía, juntos, construir su libertad.

Se había enfadado conmigo —al igual que mi hermana— por escribir un libro sobre mi infancia y nuestra familia. Pero, paradójicamente, gracias a ese libro, y los siguientes, había ganado el dinero que ahora podíamos gastar en ella.

Tras la conversación con mi hermana, pensé en Jamaica Kincaid y en su gran novela sobre la agonía de su hermano. En ella, Kincaid cuenta que, toda su vida, su madre le había reprochado que estudiara y escribiera libros, pero que, gracias a convertirse en autora y a que ese estatus le dio acceso a una existencia más privilegiada, pudo comprar un medicamento difícil de conseguir para su hermano moribundo.

Jamaica Kincaid escribe: «Si mi vida hubiera seguido el camino que ella había elegido, un camino sin educación universitaria, mi hermano habría estado muerto para entonces. Yo no habría tenido la posibilidad de salvarle la vida, no habría tenido acceso a ningún medicamento para prolongar su vida, no habría tenido acceso al dinero necesario para comprar aquel medicamento que podía prolongar su vida.»

Lo mismo, la misma situación se producía en el caso de mi madre: lo que ella había considerado una traición era lo que nos permitía

afrontar el presente. Lo que vivió como una violencia sobre ella ahora iba a permitirle librarse de la violencia.

Volví a llamarla para decirle que había hablado de ello con mi hermana y que, si quería, podía quedarse con la casita con jardín, que yo la ayudaría.

Dudó:

—¿Estás seguro? No tienes ninguna obligación de…

Repetí:

—Estoy seguro. Ahora quiero que seas feliz.

Regresó a París después de las visitas. Mi hermana tenía mucho trabajo y ella no quería molestarla.

—¿Disfrutaste de la pequeña expedición?

Asintió con la cabeza.

—Un poco más cansada de lo que pensaba, pero estoy muy contenta.

—¿Y qué te apetece cenar esta noche?

Se lo preguntaba porque estaba a punto de encargarle la comida, como venía haciendo desde su evasión.

Respondió, con aire juguetón, como una condesa dirigiéndose a un criado, en el tono que utilizaba para divertirme:

—No sé, ¿qué me propone usted para esta noche, querido?

Revisé las opciones en mi pantalla, los platos de colores brillantes expuestos y fotografiados sobre un fondo neutro para atraer la atención de los clientes.

—Depende de lo que te apetezca. ¿Cocina libanesa?

Sentí que le entusiasmaba la idea.

—¡Oh, sí!, nunca la he probado.

Le pregunté:

—¿Nunca? ¿Hummus? ¿Falafeles? ¿Judías verdes con tomate?

—No, nunca.

Mientras la escuchaba, pensé que la exclusión que había constituido la base de su vida se manifestaba en detalles minúsculos, realmente minúsculos: con más de cincuenta años, nunca había probado ciertos sabores, nunca había experimentado ciertas sensaciones gustativas, como una especie de desposesión culinaria y sensorial. Cuando reflexionamos sobre la desposesión, la pobreza, pensamos en la dificultad para comprar ropa o pagar las facturas, pero no pensamos en esas cosas, en las sensaciones, en los sabores, los olores jamás conocidos.

Uno a uno, le leí a mi madre los nombres de los platos disponibles y las descripciones que los acompañaban. Ella dudaba, cambiaba de opinión, yo le aconsejaba.

Cuando confirmé su elección, estiró los brazos hacia el techo:

—Me encanta probar cosas nuevas.

Durante esos días, incluso algo tan fútil, tan banal como encargar una comida por internet se convertía en una revancha.

También le dije, en broma:

—Cuando tengas la casa, que no se te instale ningún hombre dentro, ¿eh? Se acabaron los hombres. A partir de ahora, cuando quieras uno, te pagamos a un profesional para una noche pero se acabaron los compromisos.

Soltó una risita ante la cámara:

—Pues entonces quiero un brasileño, con los hombros así de grandes —y separó las manos de forma exagerada—. O un sueco, con unos bonitos ojos azules.

Cinco días más y estaría de vuelta de Grecia. Acababa de confirmar la elección de la casa al notario, que estaba en contacto con el propietario y le avisó inmediatamente. El propietario estaba de acuerdo en que mi madre se mudara una semana después.

Se lo anuncié:

—¡Tendrás tu propia casa dentro de una semana!

Estuve bastante tiempo hablando con el notario de las condiciones prácticas, aceptaba que yo pagara los cuatro primeros meses de alquiler, además de la fianza. Mi madre no tendría que preocuparse por la lentitud de los trámites administrativos, como habría ocurrido si hubiera solicitado ayuda financiera para la mudanza.

El dinero no sería un problema para ella; podría ahorrarse ese agobio y centrarse en sus deseos, en sí misma.

Le pregunté cuánto necesitaba para vivir los primeros meses. Se quedó pensativa, calculaba sus gastos cotidianos, yo la escuchaba, ella me decía, *No sé cuánto me van a costar las compras para mí*

*sola no estoy acostumbrada, me va a resultar extraño hacerlas sólo para mí, me he pasado toda la vida comprando para una familia o para hombres que eran todos unos tragones, no sé, déjame reflexionar,* y mientras hablaba yo pensaba: *Por primera vez puede decir Yo y no Nosotros a la hora de planificar su futuro*.

También podría formularlo así: como yo había sufrido de niño, escribí libros que provocaron conflictos con mi familia, pero que paradójicamente me permitieron ayudar a mi madre a evadirse y a reinventarse.

Podría decir:

Ningún sufrimiento en mi infancia = ningún libro publicado = ningún dinero = ninguna libertad posible.

Podría decir que el sufrimiento y la libertad son dos momentos de un mismo proceso, dos movimientos de una misma partitura.

Por último, podría decir que nunca he conocido una libertad que no fuera al mismo tiempo una huida de la violencia, y por tanto también, y en cierto modo, una prolongación de ella.

Agobio y dinero. Siempre los había visto asociados en la vida de mi madre.

De niño, siempre tenía miedo de que apareciera un agente judicial y nos embargara los muebles para saldar nuestras deudas, los

alquileres impagados, las facturas de la luz acumuladas en el buzón.

Esa frase suya, repetida una y otra vez,

pronunciada bajo la luz de la casa tamizada por las llamas de la estufa de leña,

pronunciada en medio del frío y la niebla del Norte,

su frase metamorfoseada, cristalizada en forma de nube escapada de sus labios: *Van a embargarnos los muebles, van a embargarnos los muebles*.

(Nunca llegó a suceder, pero *llegar*, llegaba, en el sentido en que siempre estaba a punto de materializarse, la amenaza estaba ahí, más o menos cerca, pero siempre presente.)

Cuando estaba angustiada porque sus hijos —porque Yo— iban a la escuela con zapatos rotos y no podía permitirse comprar unos nuevos.

Cuando decía: La vergüenza que vamos a pasar otra vez, ¿qué va a decir la gente de mis hijos?

Cuando estallaban los conflictos entre ella y yo porque yo tenía hambre al volver de la escuela y me ordenaba que dejara de coger comida de la nevera, y me gritaba, se ponía nerviosa,

*¡Deja de comértelo todo, maldita sea!*

y yo lo vivía como un ataque personal, como un acto de crueldad dirigido contra mí, un complot contra mi estómago, porque no veía que era porque si me comía los pocos restos de alimentos que había, no quedaría nada para la cena o para el almuerzo del día siguiente, nada en el sentido de nada, ausencia total, nada, esa

nada que en las clases privilegiadas no se puede entender, porque cuando ellos dicen que no les queda nada, siempre les queda algo,

les quedan los diplomas,

les queda la cultura,

les quedan unas monedas,

les quedan los amigos que les echan una mano,

le queda la voluntad que confieren los privilegios,

he visto a burgueses decir *No me queda dinero* en un restaurante y pagar la cuenta unos minutos después, lo juro, no saben el significado de la palabra NADA, de NO, de CERO, de VACÍO, en cambio mi madre sabía que si yo comía al volver del colegio no podría alimentar al resto de la familia, pero yo no era capaz de verlo ni de entenderlo, he tardado más de veinte años en entenderlo, y lo siento, de verdad que lo siento.

Cuando me vigilaba a la salida del baño y me gritaba:

*¡Deja de usar tanto papel higiénico! ¡Te tengo dicho que dos hojas cada vez, ¡no hace falta más!*

y yo me sentía perseguido por mi madre.

Cuando ella me chillaba a través de la puerta del baño:

*¡Deja de ducharte durante tanto tiempo!*

y yo me sentía perseguido, y no veía que era por el agobio del dinero, y replicaba *Ni siquiera te dejan lavarte en esta familia de mierda*, y yo la odiaba.

(Le hablé de esta angustia hace unos días por teléfono y me dijo: *Era peor de lo que creías. Yo solía hablar de ello con tu padre por la noche en el dormitorio, a oscuras, y le decía: Pero ¿qué vamos a*

*hacer? ¿Cómo vamos a hacer para comer? ¿Cómo vamos a salir adelante? Él y yo solíamos discutir por eso, pero yo os lo ocultaba, no hay que preocupar a los hijos con esas cosas*.

¿Qué ocurrió en los primeros años de mi vida y que no supe ver? ¿Cuántos años hacen falta para empezar a ver la realidad de tu propia infancia?)

Didier me mandaba mensajes preguntando por mi madre. Yo lo mantenía informado de todas las etapas, de todos los interrogantes y de todos los avances, también de las dificultades: la casa imposible de encontrar, la ayuda de mi hermana y nuestra improbable cooperación tras años de silencio, las visitas, el dinero.

Yo le decía a mi madre: «Hoy le he contado a mi amigo lo que has hecho», y ella me respondía, sorprendida y halagada: «¿Es verdad? ¿Te pregunta por mí?»

Didier me hablaba de su madre, que había fallecido dos años antes. Conoció a su padre muy joven, a los veinte años. Se habían puesto a vivir juntos, él trabajaba de obrero en una fábrica y ella de limpiadora, tuvieron hijos y era ella la que los cuidaba, ella la que cocinaba, ella la que se ocupaba de todo en la casa. Su madre nació casi cuarenta años antes que la mía, es decir, casi dos generaciones antes, y sin embargo su vida se parecía muchísimo a lo que fue la vida de mi madre durante décadas.

Ella también intentó escapar a su destino, se apuntó a clases de mecanografía, pero tuvo que dejarlo por falta de tiempo y de dinero. Didier me contó que más tarde inició los trámites de divorcio, pero

que se echó atrás. Odiaba a su marido, ya no soportaba sus arrebatos de ira y sus ataques de celos, le habría gustado huir pero nunca se sintió capaz.

Durante años, la madre de Didier vivió una vida que no quería vivir, en un espacio del que no podía escapar: su existencia se redujo, en buena parte, a una *existencia carcelaria*.

Al oír a Didier, yo me preguntaba: ¿se habría marchado su madre si no hubiera sido limpiadora? ¿Si no hubiera sido tan pobre? ¿Bastan las restricciones económicas para explicar, en su caso o en el de otras, al menos parcialmente, la imposibilidad de evadirse?

Didier escribió sobre su madre en el libro que dedicó a su vida y muerte:

«¿Cómo consiguió autoconvencerse de no intentar cambiar de vida? O, mejor dicho, ¿cómo la magnitud de los problemas a los que tenía que enfrentarse para conseguir vivir sola, o su resignación ante lo que le parecía su triste destino, acabó convenciéndola de no huir de esa situación por todos los medios? Mi madre, que entonces era limpiadora, se echó atrás ante las dificultades que la esperaban si decidía irse a vivir a otro sitio: cómo iba a arreglárselas sola, con dos niños (teníamos menos de diez años). Dejarlo todo, encontrar un piso, ganar lo suficiente cada mes para pagar el alquiler y mantenernos. "¿Cómo lo habría hecho?", me repetía durante aquella conversación, como para convencerse de que no tenía por qué arrepentirse de su decisión en aquel momento, aunque a todas luces no podía evitar pensar en cómo habría sido su vida si se hubiera decidido y hubiera llegado hasta el final.»

Mientras leía estas líneas me preguntaba: ¿hasta qué punto el dinero podría haber permitido evadirse a la madre de Didier?

Evidentemente, hay otros factores que hacen imposible o impensable la fuga: la costumbre, el miedo a una reacción violenta, pero precisamente, ¿otorgaría el dinero la confianza necesaria para superar estos factores de parálisis y renuncia?

¿Sería posible establecer algo así como un precio de la libertad, un precio racional y matemáticamente cuantificable?

Una vez fijado este precio, y de forma que fuera accesible para la mayoría de las personas, ¿surgirían nuevas evasiones, se multiplicarían hasta el infinito?

Dicho más claramente: ¿cuántas personas, cuántas mujeres, cambiarían de vida si recibieran un cheque?

*Y pensé: estas cuestiones no se plantearían si no existieran el dinero y la desigualdad. Se deberían abordar, y quizá abolir, estos problemas más generales. Pero primero tengo que salvar a mi madre.*

*Y pensé en las palabras del filósofo Georg Simmel: «La asistencia se basa en la estructura social, cualquiera que ésta sea; está en contradicción total con cualquier aspiración socialista o comunista, que aboliría dicha estructura social.»*

*Y pensé: Pero la categoría de asistencia presupone una creencia en la idea de propiedad. No se puede creer que se está ayudando a*

*alguien si no se está convencido de que lo que se le da es de uno y sólo de uno.*

*Pues bien, yo no ayudaba a mi madre, ya que consideraba que lo que era mío era también suyo, porque creo que hay un flujo, una continuidad en nuestros destinos.*

*Y pensé: ¡Deja de pensar! Tienes que actuar primero, pensar después.*

*Sin eso no habría evasión.*

*A ninguna parte.*

Ocho años antes de su fuga. Estoy en el sótano de una librería de París, en un podio ligeramente elevado sobre el suelo, sentado ante un público de personas desconocidas que han venido a escucharme, estudiantes, mujeres; no reconozco a nadie.

Hablo de mi primera novela, aquella por la que mi hermana me insultó, aquella por la que ella —mi madre— está enfadada.

Evoco la dureza de mis padres durante los primeros años de mi vida, me parece que digo: *Mi padre era violento con mi madre y ella era violenta con nosotros, como si tuviera que descargar en los demás el peso de lo que estaba sufriendo*, me parece que digo: *El sufrimiento no te hace mejor, al contrario*, recuerdo con certeza que estoy hablando de racismo, de odio a la homosexualidad, y de repente una figura se levanta en medio del público: es ella, mi madre.

Ni siquiera la había visto. Todavía no vivía en París, faltaba un año para que llegara, nunca me hubiera imaginado que pudiera estar allí. Yo llevaba más de una hora respondiendo a las preguntas de un periodista, hablando de ella y ella lo había escuchado todo.

El periodista se volvió hacia el público. Preguntó: «¿Alguien quiere hacerle una pregunta al autor?», y en ese momento ella se puso de pie.

Había esperado, pacientemente, y ahora estaba frente a mí, a diez, tal vez quince metros de distancia, mirándome con expresión de venganza y reproche, con la mano exageradamente levantada, extendida, para mostrar que quería tomar la palabra.

Me palpitaban las sienes, me ardían las mejillas; *¿Cómo iba a reaccionar?*

Me levanté, salí de la sala y me refugié en un almacén escondido al fondo de la librería. No se me ocurrió mejor manera de alejarme de mi madre: eché a correr.

Una de las organizadoras del encuentro fue a verme.

—¿Por qué se ha ido de la sala?

—Es mi madre. Está ahí.

Levantó una ceja y contrajo la otra: «Ah…» Luego: «Ya veo, es lo que me había imaginado. No se preocupe, vuelvo enseguida.» Dos minutos después, la mujer regresó y me dijo que mi madre me esperaba en un despacho, que podía volver a la sala para terminar el encuentro con el público y decidir si la veía después o no. Ella había accedido a esperarme, pero había una salida de emergencia por la que podía escaparme si prefería evitar la confrontación.

Le di las gracias a la mujer —nunca he olvidado su ternura, su discreción— y subí de nuevo al estrado para contestar a las últimas

preguntas del periodista y del público, antes de dirigirme al despacho donde estaba sentada mi madre.

Había decidido hablar con ella.

Al verme entrar, me miró enfadada.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué has escrito un libro para decir que éramos violentos?

—¿Acaso no es cierto? ¿No decía papá que había que matar a los maricones?

—Lo decía en broma…

—¿En broma? ¿Y nunca se os ocurrió que podíais ofender a algunas personas?

Cambió de tema:

—¿Y por qué has dicho que éramos pobres? Nunca os faltó de nada.

—Mamá, éramos pobres.

—Nunca he descuidado a mis hijos.

—No tiene nada que ver.

—Siempre he protegido a mis hijos.

—Eso no es verdad.

Se encogió de hombros.

Podría mudarse, pues, en menos de una semana. Necesitaba muebles para la casa. Cuando la visitó, se dio cuenta de que sólo estaba medio amueblada, «semiamueblada», según el contrato de alquiler que me envió el notario por correo electrónico y en el que yo imité su firma (*otra vez la misma escena; la llamé:*

*—El notario me ha mandado el contrato de alquiler, tienes que firmarlo y reenviarlo.*

*Y ella:*

*—¿Puedes ocuparte tú? Sabes imitar mi firma te pasaste toda la secundaria practicando para falsificar partes de ausencia y faltar a clase. ¿Te crees que no me daba cuenta, borrico?*

*Me reí. Aquellos días llenos de evasión eran también días llenos de risas, todo hay que decirlo*).

Muebles: mientras hablaba con ella por teléfono, no dejaba de repetirme que pronto su fuga ya no sería sólo una palabra, sería una realidad que podríamos tocar con la punta de los dedos, una forma sólida que podríamos sentir bajo nuestras falanges; se haría palpable.

Le pregunté:

—¿Qué necesitas? ¿Qué te hace falta? Podríamos verlo juntos.

Dudó:

—Me gustaría ir a casa del Otro a recuperar mi dormitorio y la mesa de la cocina. Son los muebles de mi madre y no quiero dárselos. Se negará en redondo, después de haberlos tenido tantos años en su piso, pero no pienso darme por vencida.

Sentí que mi cara esbozaba una ligera mueca:

—¿Estás segura de que quieres meterte en ese lío? Quizá sea mejor no pelearse, sobre todo por unos muebles.

—Son los muebles de mi madre, es algo sentimental. Los quiero. No dejaré que se los quede.

Intenté encontrar un argumento al que ella fuera sensible, un lenguaje que le llegara —tenía miedo de que un conflicto la pusiera en peligro, no sabíamos cómo reaccionaría ese hombre cuando

volviera a verla, desde su partida le dejaba mensajes que a veces eran agresivos, me lo había contado—, pensé que vaciarle el piso, además, no sería la mejor estrategia para calmarlo; en general, durante ese período, yo tenía más miedo que ella.

—Pero el recuerdo de tu madre es más importante que unos objetos, y estoy seguro de que ella habría estado de acuerdo conmigo. Te habría dicho que pensaras en ti y no en unos clavos y unos tablones de madera.

El tono de mi voz se volvió suplicante, insistí en que pensara en su madre, pero enseguida vi que era como cuando intenté convencerla de que se fuera sin su documentación y sus recetas la noche que se evadió, ningún argumento mío podía hacerla cambiar de opinión.

—Son los muebles de mi madre, si se cree que puede quedárselos, está muy confundido. No te preocupes, me encargo yo.

—Pero mamá…

—Tranquilo, sé lo que hago.

Comprendí que debía rendirme.

—De acuerdo… Pero, aparte de eso, ¿qué te haría falta para sentirte a gusto en tu nueva casa?

Elaboró una lista: sillas, un frigorífico, una cocina de gas con horno integrado, una lavadora. Y una aspiradora. Con lo que recuperase en casa del *Otro* —así llamaba al hombre con el que había convivido— y un sofá que mi hermana le había prometido, tendría todo lo necesario para su instalación.

—Además, tu hermana me dijo que me compraría todo lo de diario, los paños de cocina, los cubiertos. Incluso me ha comprado un jarrón esta tarde y me ha enviado la foto.

Tuve una idea mientras la escuchaba:

—¿Qué te parece si encargamos ahora mismo los muebles que necesitas? ¿Para qué esperar?

Ella tenía algunos escrúpulos:

—No quiero abusar…

Sonreí:

—No me lo pides, te lo ofrezco yo.

Cerró los ojos, como para pensar, y luego susurró: *Adelante*.

Entré en una página de ventas por internet y vi que algunas de las cosas que necesitaba podían entregarse a los dos días, tal vez pudiéramos dar la dirección de mi hermana, le llegarían a ella los primeros paquetes, los guardaría en su casa o en su garaje y se los llevaría a mi madre el día de la mudanza.

—Buena idea. Voy a llamar a tu hermana.

Colgó, habló con mi hermana, que le dijo que estaba de acuerdo, y volvió a llamarme.

Le envié fotos de los electrodomésticos y las sillas. Iba haciendo capturas de pantalla que le compartía un segundo después, ella paraba la videollamada para ver las fotos recién recibidas, la víspera le había explicado cómo hacerlo, y me decía: *Sí, No, prefiero ése, Es buena idea, No*. Yo validaba, seguía buscando, metía en el carrito virtual lo que le gustaba, descartaba lo que no quería. Las preguntas que nos hacíamos eran prácticas y triviales, si prefería gas o electricidad para cocinar, si necesitaba un congelador y, en caso afirmativo, cuántos compartimentos, y, sin embargo, pensar en esos pequeños detalles me emocionaba porque eran la manifestación más concreta de su futura libertad, porque la libertad también es cuestión de detalles.

Mi madre estaba un estado de excitación particular, hablaba alto y hacía bromas: «Compraremos una cocina de gas no muy grande, así tendré una excusa para no volver a cocinar para los demás», «¡Si con todo eso entregan también una señora de la limpieza, no digo que no!»

Evocaba recuerdos, el presente de su evasión daba un nuevo significado al pasado: «Necesito una cocina de gas con una buena llama, sólo así podré hacer el guiso del pobre. ¿Te acuerdas del guiso del pobre? Ponía patatas y todo lo que quedaba en la nevera, los restos que había por ahí, y gritaba: ¡Esta noche toca guiso del pobre!»

Seguimos con la misma exaltación, comparando electrodomésticos, leyendo reseñas en páginas web especializadas, comprobando las diferencias de precio entre tiendas, y en poco más de una hora el pedido estaba terminado y validado.

Todo se entregaría dos días después, tres como máximo.

De niño, mi videojuego favorito consistía en construir la vida entera de una persona imaginaria. Cada partida empezaba de la misma manera: un hombre o una mujer en forma de personaje diminuto era arrojado a un descampado cubierto de hierba, junto con una pequeña suma de dinero, su ropa y un buzón. A partir de ahí, el objetivo del juego era fabricarle una vida: encontrarle un trabajo, edificar una casa, poner baldosas o parquet, comprar muebles, plantas.

Juntos, aquel día, frente a capturas de pantalla de frigoríficos y lavadoras, estábamos construyendo una vida para mi madre. Como en un videojuego, una realidad sin límites. Como si todo hubiera sido posible.

En el despacho de la librería donde hablé con ella, intercambiamos algunas frases más y cada uno se marchó por su lado. Poco a poco volví a verla y se le fue pasando el enfado, pero nunca he olvidado su mirada cuando se levantó entre el público, es decir su rabia y su tristeza.

—Ya está, por fin puedo volver de Atenas pasado mañana.

Esto ocurrió cuarenta y ocho horas después de encargar los electrodomésticos por internet. Ella sonrió:

—¡Voy a verte y a darte un abrazo!

Sólo quedaban algunas cosas por resolver. Transferí a su cuenta la suma que habíamos acordado juntos, para que pudiera ser independiente durante los primeros meses de su nueva vida; llamé al banco para asegurar su casa contra robo e incendio; la banquera me preguntó en cuánto valoraba el mobiliario de su interior; pregunté a mi madre y volví a llamar al banco; telefoneé a una empresa de alquiler de camiones para la mudanza, mi madre pensaba que necesitaba un camión para recoger sus cosas en casa del Otro, su ropa, sus marcos de fotos, los muebles que pensaba llevarse —y en cada nueva etapa, surgían nuevos problemas: ¿qué tipo de camión hacía falta? ¿De qué tamaño? ¿A qué corresponde un metro cúbico? ¿Cuántas cajas de cartón? ¿Necesitan los camiones un permiso de conducir especial?—. Nunca he conducido, nunca me he sacado el carnet, no tenía ni idea. Llamé a mi hermana para pedirle ayuda y consejo; quería saber si estaría de acuerdo en ir a buscar el camión con su marido, había visto que era posible alquilarlo en una

nave industrial cercana a su casa, ella podría conducir hasta París, recoger a mi madre y luego ir al Norte con ella; aceptó; yo necesitaba una copia de su carnet de conducir para enviárselo a la empresa que alquilaba los camiones, como garantía; llamé a un amigo y le pedí que nos acompañara el día de la mudanza para ayudarnos a mi hermana, a su marido y a mí con las cajas; compré las cajas en cuestión a distancia, por teléfono, y le propuse a mi madre ir a buscarlas a la tienda —¿cuántas harían falta, diez, veinte? ¿Y cuántos rollos de cinta adhesiva? ¿Se necesitarían guantes para protegerse de los cortes del cartón?

Finalmente, a petición de mi madre, imprimí un formulario de disolución de la unión civil para que pudiera romper su compromiso con el hombre con quien había cohabitado, y llamé a un notario de París para que nos explicara qué pasaría si el hombre con el que había cohabitado —no vivido, sino cohabitado— se negaba a firmar el acta de disolución.

Sólo quedaba una cosa por hacer: que ella lo llamara, a él, al *Otro*, para decirle que todo había terminado, que recogería sus cosas y se iría. Dejaría su piso y lo dejaría a él.

Aún no le había dicho nada, y él no sabía que durante esos días de desaparición ella había estado planeando en secreto una ruptura: él pensaba que simplemente se había distanciado, durante unos días, unas semanas, pero que iba a volver. Ella lo llamó y me telefoneó a mí una hora después.

No pude hacer nada mientras esperaba la llamada, me limité a caminar para no tener que pensar.

—¿Hola?

—¿Sí?

Ya estaba. Me dijo que el anuncio había sido un shock para él.

—No podía creérselo, ni siquiera se ha enfadado de puro alterado que estaba. Se ha echado a llorar al teléfono.

La verdad es que ella no sentía pena por él. Estaba feliz de haberlo perturbado.

—¿De verdad creía que podía hacerme todo lo que quisiera y que yo seguiría sometida a él? ¿Por quién me toma?

La felicité:

—Me impresionas, eres fuerte…

Ella se sintió halagada y yo me alegré por ella. Tenía una buena noticia más: él había accedido a que ella recuperara la mesa, el armario y la cama de su madre y, contrariamente a lo que ella se había imaginado y, sobre todo, a lo que yo había imaginado, él no había opuesto ninguna resistencia a que se los llevara —ni a nada de hecho, la sorpresa de la separación lo había dejado aturdido.

Cuando terminó de hablar, le dije:

—Entonces te propongo que hagamos la mudanza dentro de cuatro días, yo ya habré vuelto y todo el mundo estará disponible ese día, lo he comprobado. ¿Te va bien?

Ella asintió:

—Sí.

—Podrás embalar las cajas sobre la marcha, el día mismo mientras cargamos tus muebles en el camión. Yo te ayudaré.

Me interrumpió:

—No, yo iré antes. Iré la víspera para prepararlo todo bien, no quiero cometer ningún error.

—Pero no tienes muchas cosas allí, ¿verdad? ¿Ropa y marcos de fotos? Sólo nos llevará un par de horas, sobre todo si somos más de

uno.

No me gustaba la idea de que se quedara a solas con el Otro, sobre todo después de haberle dicho que había roto con él, pero ella estaba convencida de que no corría ningún peligro.

—Ahora que estoy segura de que me voy, puede decirme lo que quiera, no me afectará.

Me resistí un poco.

—¿No intentará retenerte? ¿Y si está borracho otra vez?

—Sabré qué hacer.

—¿Y si trata de encerrarte? No sé, todo es posible.

—Soy más fuerte que él.

Suspiré. Esperaba que tuviera razón.

—La buena noticia es que podrás instalarte en la casa la misma tarde de la mudanza. Parte de los muebles que hemos encargado ya estarán en casa de Clara, así que ella los trasladará a tu nuevo domicilio en cuanto lleguen, y el resto te los entregarán la semana siguiente. Lo que significa que en cuatro días tendrás tu casa. Una sólo para ti. Y unos días después, estará toda equipada.

Inspiró por la nariz, una respiración lenta y serena:

—Estoy impaciente.

¿Sentí la necesidad de ayudarla porque, años atrás, le hice daño y ahora intentaba reparar esa herida? No creo, porque ella también me lo hizo a mí, y no me arrepiento de lo que dije en esa librería a la que ella acudió por sorpresa, porque mi herida y la suya están unidas, son gemelas, no hay separación, no existe frontera entre

ambas, no me arrepiento porque lo que le hizo daño es que yo expresara mi herida, no puedo arrepentirme porque sin esa Herida común, esa Herida que no es ni suya ni mía, sino enteramente de los dos, nada de lo que ocurría entre París y Atenas, a distancia, con teléfono y pantalla de por medio, habría sido posible.

Lo que sí sé es que me sentía obligado a hacer todo lo posible para ayudarla, y que, debido a ese imperativo, estaba *a punto de llorar*.

El libro de Virginia Woolf *Una habitación propia* toma como punto de partida una serie de conferencias sobre el tema de las mujeres y la literatura, pronunciadas por la autora en 1928.

La fuerza y la originalidad del libro de Woolf se deben al hecho de que, en un primer momento, se negó a abordar estos dos temas desde los ángulos más esperados: escritoras famosas, su estilo, el papel de las mujeres en las instituciones literarias o las revoluciones formales que han llevado a cabo.

Woolf escribe: «Cuando me pidieron que hablara de las mujeres y la novela me senté a la orilla del río y empecé a preguntarme qué significaban esas palabras. Podrían significar sencillamente unas pinceladas sobre Fanny Burney; otras más sobre Jane Austen; un tributo a las Brontë y un boceto de la casa parroquial de Haworth bajo la nieve; algún comentario ingenioso, tal vez, sobre la señorita Mitford; una alusión respetuosa a George Eliot; una referencia a la señora Gaskell, y con eso bastaría.»

Pero, en lugar de eso, Woolf hizo una propuesta mucho más radical: elaboró un programa práctico que permitiera a las mujeres escribir libros, en contra de las limitaciones impuestas por su lugar en la sociedad, las tareas domésticas, el confinamiento, la maternidad, el matrimonio. Woolf sustituyó las cuestiones formales por las materiales, afirmando que, para escribir, una mujer necesitaba sobre todo dos cosas:

—una habitación propia que pueda cerrar con llave, para poder escribir en paz sin que la molesten los miembros de su familia;

—500 £ de renta vitalicia para permitirle vivir sin agobios de dinero.

Virginia Woolf responde a una pregunta sobre literatura con preocupaciones financieras y materiales.

Una habitación, un espacio, paredes, una llave, dinero: eso es también, cien años después, lo que mi madre necesitaba, no para convertirse en escritora, sino para ser una mujer más libre y más feliz.

Woolf entendió, cien años antes, que la libertad no es una cuestión estética y simbólica, sino material y práctica. Que la libertad tiene un precio.

Cuando empecé a escribir este libro, mi proyecto era anotar en los márgenes de la historia de la evasión de mi madre las sumas de dinero que fueron necesarias para su fuga. Quería provocar a la literatura. Quería que esta novela se pareciera en forma y aspecto a

un documento tan corriente como una factura, es decir, a lo contrario de lo que pretende ser a menudo una obra literaria: un acto noble, puro y desinteresado.

Quería, como Virginia Woolf y sus quinientas libras del alquiler, establecer una suma concreta que reflejara el coste de una vida y de su posibilidad.

Para materializar esa idea, escribí en los márgenes de la narración: *Suma adelantada por Didier: 200 euros, Nevera: 500 euros, Cocina de gas: 300 euros, Taxi de la huida: 15 euros, Fianza para el alquiler de la casa: 1.100 euros, Transferencia para los primeros meses de la Nueva Vida: 2.000 euros, etc.*

Del mismo modo que en *Quién mató a mi padre* intenté introducir en la literatura los nombres de las mujeres y los hombres políticos así como las sucesivas reformas que afectaron al cuerpo de mi padre, en este libro trataba de introducir el dinero en el sentido más restringido y explícito.

Y luego lo dejé. Extrañamente, esas cifras afeaban el libro y lo hacían ilegible. Sobre todo, daban la extraña impresión de que reprochaba esas sumas a mi madre.

Perturbaban la lectura.

¿Puede la literatura decirlo todo?

Si es así, he fracasado.

Si no es así, la literatura no basta.

Una última observación: la historia que cuento no es un *elogio de la fuga*. Ya os veo venir: ¡Qué hermoso es fugarse! ¡Qué mujer tan

valiente!

Pero os equivocáis.

Porque eso no basta.

Al leer esta historia, también deberíais preguntaros: ¿Por qué algunas personas huyen mientras otras no tienen que hacerlo?

¿Por qué algunas personas tienen que andar siempre corriendo mientras otras se echan a dormir?

¿Por qué algunas personas tienen que luchar siempre mientras otras se aprovechan?

También debéis deciros:

¿Cuántas decepciones por cada evasión?

¿Cuántas vidas sacrificadas por cada vida salvada?

Porque la huida es una carga

Porque la huida es una carga

Y mucho más tarde

quizá

genera Belleza.

Volví a París. El avión aterrizó a última hora de la tarde y corrí por los pasillos del aeropuerto hastala estación. Iba a toda prisa aunque la maleta me pesaba en la mano, sudaba.

Subí al RER y esperé impaciente a que arrancara: al final del trayecto, vería de nuevo a mi madre, físicamente, por primera vez desde su evasión.

Una hora después estaba delante de la puerta de mi apartamento. Conté hasta tres, *uno, dos, tres*, y llamé al timbre.

Mi madre abrió la puerta. Al verla aparecer rodeada de libros y todos los objetos de mi casa, intenté ocultar mi emoción; redescubrirla tan real después de días observándola en la pantalla de mi teléfono era increíble, mi cerebro no podía adaptarse a esa nueva situación y recreó la pantalla entre ella y yo en mi imaginación. Toqué sus manos para asegurarme de que no era una visión o un fantasma. En mis oídos percibía mi respiración acelerada debido a la carrera.

Le pregunté:

—¿Qué tal estás?

Y ella respondió:

—Bien, sí, sí, estoy bien.

Recordé que ésa era la pregunta que le había hecho inmediatamente después de que consiguiera evadirse. Recordé que cuando me contestó, en aquel momento, el cansancio envolvía por completo su voz, sus palabras, sus silencios. Ahora hablaba de un modo ligero y firme a la vez.

Pensé: *Ha pasado al otro lado*.

Empecé a llorar y ella se rió de mí, con ternura:

—Como de costumbre, ¡yo me río y tú lloras!

Dejé la maleta en el suelo y al incorporarme vi que se había maquillado y se había arreglado el pelo para nuestro reencuentro; cuando unos años antes echó a mi padre de la casa donde me crié, fue lo primero que hizo: maquillarse, sé que ya lo he dicho pero quiero repetirlo.

El día de nuestro reencuentro, en mi apartamento, en ese espacio tan recogido, bajo los tejados, rodeados de cielo, le dije que estaba guapa; musitó un *gracias*. Se ruborizó y, para ocultar su vergüenza,

me mostró a su perrito, que correteaba en círculos a nuestro alrededor:

—¡Es Pocket! Mi niño también es guapo, ¿a que sí? ¡Me ha dicho que no veía la hora de volver a verte!

Me arrodillé para acariciarlo.

Mi madre me mostró la mesita que teníamos detrás: había colocado dos vasitos, un brik de zumo de fruta, unas galletas. Me senté en el sillón frente a ella:

—¿Estás preparada para la mudanza de mañana?

—Sí, esta mañana he estado en casa del Otro, tengo las cajas listas con todo bien doblado y ordenado. Sólo me ha llevado tres horas. Estoy contenta.

—¿Cómo se ha comportado contigo?

—No ha dicho ni mu. Parecía un zombi mirándome mientras yo recogía. Incluso me ha preguntado si necesitaba ayuda para precintar las cajas. ¡Deberías haberlo visto con su vocecita de desdichado! Me decía: Espera, ya te ayudo yo, Monique.

Insistí, quería quedarme tranquilo del todo:

—Pero ¿estás segura de que mañana no pasará nada? Quiero decir, ¿no se enfadará o intentará hacerte cambiar de opinión en el último momento? ¿Quizá cuando vea el camión se altere y pierda la cabeza?

Hizo un mohín de certeza mientras fruncía los labios.

—No, ya lo verás. Cuando no bebe, no dice nada. Y cuando hay desconocidos cerca, se vuelve amable, quiere caerle bien a la gente. Como hacía tu padre.

Yo tampoco comprendí nunca ese misterio: por qué, siendo yo niño, mi padre era tan cortés y servicial con los extraños que nos

visitaban en casa, y siempre se mostraba dispuesto a ayudarlos, sonriente, listo para sacrificar su tiempo y sus placeres por ellos, y en cuanto se quedaba a solas con su familia se volvía huraño y violento, y empezaba a meterse con mi madre o con los padres de ella, pues sabía que ella se sentía muy unida a ellos y que le dolerían esos ataques, los trataba de

putos judíos

hebreos de mierda,

aunque no fueran judíos, simplemente porque en su mundo y en su cabeza el antisemitismo era una forma de expresar repugnancia y odio.

Mi madre prosiguió:

—Y, de todos modos, aunque el Otro intente decirme algo mañana, me defenderé. Te lo repito, no aguanto más abusos. Y, además, tengo a mis hijos para protegerme.

Llegó el día de la mudanza. Me desperté en la habitación del hotel donde había pasado la noche para dejarle a mi madre el apartamento por última vez antes de su partida. Nada más abrir los ojos, llamé a mi hermana y a su marido para preguntarles si habían ido a buscar el camión, si no había surgido ningún problema. Ya lo tenían, habían salido de casa muy pronto, antes de amanecer. De hecho, me dijo mi hermana, llevaban ya un buen rato en París y habían empezado a desmontar muebles y a cargar cajas. Mi madre estaba con ellos, con voz risueña, se acercó al teléfono y me dijo:

—Espabílate sin prisas, tómate un café y ven después. No quisimos decirte que empezaríamos tan temprano porque no quería que pusieras el despertador, quería que descansaras. ¡Sé que odias madrugar!

Me rebelé sin mucho convencimiento:

—Pero por una vez podría haberme levantado temprano…

—No te preocupes, ¡era un complot por tu propio bien! ¡Venga, hasta ahora!

Me arreglé, me tomé unos cafés en la habitación del hotel y cogí el metro para reunirme con ellos.

Fuera hacía un tiempo espléndido, una temperatura agradable, el sol me calentaba la piel. Llegué al pie del edificio. El camión estaba aparcado en la acera, con las puertas abiertas, plagado de logotipos multicolores.

Abracé a mi madre. Mi hermana y su marido estaban allí, el marido cubierto de sudor por el esfuerzo. El amigo al que había pedido ayuda también había llegado, bajaba por la escalera, con unas baldas de madera en las manos.

Y entonces, sin pensarlo, sin buscarlo, volví la cabeza y vi en una esquina, entre dos muros, observando la escena desde lejos, al hombre con el que había cohabitado mi madre.

El Otro.

El hombre que la había maltratado todos esos años.

Y cuando lo vi, a esto quería llegar, cuando lo vi ocurrió algo extraordinario y desconcertante, algo que no podía prever; al fijarme en él, no sentí ira ni odio como me esperaba, no sentí rabia, no sentí nada de eso, sólo un profundo asombro, y de ese asombro surgió una pregunta: ¿cómo un ser tan pequeño, tan insignificante, con un

cuerpo diminuto y una cabeza de rata, cómo un ser con tan poca vitalidad, tan enclenque, había sido la fuente de tanta violencia? ¿Qué sucedió?

No podía apartar los ojos de él.

Le hice un gesto con la cabeza desde la distancia, no me acerqué, pero mientras lo observaba, de repente empecé a pensar que tal vez ese hombre no era culpable ni responsable de lo que había hecho, sino que él mismo era el cuerpo conductor de una violencia que lo superaba y que no es fácil de explicar, la violencia de su educación, de su clase social, de la vida en pareja, de la dominación masculina, me puse a pensar que tal vez ese hombre era el producto de una o varias situaciones entrelazadas sobre las que no tenía ningún control, del mismo modo que mi madre había sido violenta cuando vivía con mi padre y ella era su prisionera, igual que yo había reaccionado mostrándome violento con ella, me puse a pensar, al mirar a aquel hombre de apariencia débil y patética, y contra toda expectativa o anticipación por mi parte, que quizá él fuera inocente, inocente no porque me inspirase simpatía o afecto, nada de eso, sino inocente en un sentido conceptual, puro, en el sentido de que nada en él daba muestras de una mínima capacidad de *hacer*, de *emprender*; sólo tenía la apariencia de un individuo que reconduce y reproduce el mundo que lo rodea, no de un individuo que crea o engendra algo, y pensé que tal vez lo que me enseñaba la inocencia de aquel hombre, al que sin embargo detestaba y despreciaba, era la inocencia de todos, la inocencia como condición generalizada.

¿Qué me estaba diciendo de la condición humana ese individuo? Al mirarlo, pensé que, una vez que se quedara solo, ya no podría ser violento.

Lo veía miserable.

Lo veía como un pobre hombre.

Sentí una especie de lástima, pero no me acerqué a él.

Me volví hacia mi madre.

—¿Estás contenta?

—¡Contentísima!

La ayudé a cargar las dos o tres últimas bolsas, todo se había ido amontonando en el camión durante la mañana, apenas quedaba nada por hacer. Me ofrecí a pedir comida para todo el mundo. El marido de mi hermana me contestó que no tenían tiempo, que debían volver rápido al Norte, que al día siguiente trabajaba temprano en la construcción de una autopista; tan sólo tenía veinticinco años, pero percibí su cuerpo ya agotado por el trabajo.

Mi hermana se me acercó:

—Es genial, a mamá le va a encantar mi pueblo. Hay mucho que hacer, paseos y talleres organizados por el ayuntamiento. No se aburrirá.

Asentí con la cabeza:

—Sí, está encantada de ir allí.

Se hizo un silencio incómodo entre nosotros.

—¿Recuerdas cuando los dos aprendíamos español en la escuela y hablábamos mal de mamá delante de ella sin que se enterase?

Me acordaba.

—Nos divertíamos a su costa. Pero creo que ella se imaginaba lo que estábamos diciendo.

Mi hermana guardó silencio de nuevo durante unos segundos más.

Yo buscaba algo que decir pero no sabía qué.

—¿Vendrás a visitarnos al Norte ahora que estamos todos allí? Si quieres, tengo una habitación para ti, así que podrías quedarte en casa. Serás bienvenido.

Contesté que sí, que iría, aunque sabía que probablemente no lo haría. Mi hermana miró a su alrededor:

—Bueno, creo que ha llegado la hora de irse. Mamá, ¿estás lista?

Mi madre levantó los pulgares y sonrió. Me despedí y todos se subieron al camión, ella, mi hermana y su marido. El motor dio unas sacudidas antes de estabilizarse, luego el camión se alejó antes de desaparecer en medio de otros vehículos; yo me quedé mirándolo. La fuente que tenía al lado ahogaba los sonidos de la ciudad.

Ya está instalada. Los muebles y los electrodomésticos que faltaban llegaron a tiempo, todos en perfecto estado. Mi madre tenía cincuenta y cinco años, vivía sola por primera vez en su vida, sin hijos, sin un hombre, sin más personas a su cargo o a quienes ayudar en el día a día, y esto también quiero repetirlo: *Mi madre tenía cincuenta y cinco años, vivía sola por primera vez en su vida, sin hijos, sin un hombre, sin más personas a su cargo o a quienes ayudar en el día a día*. Seguí llamándola todos los días mientras se acostumbraba a su nuevo entorno, a modo de transición. Pero incluso cuando nuestras llamadas se hicieron menos frecuentes, continuamos hablando varias veces por semana, algo que nunca había ocurrido antes. Su evasión nos había unido.

Me decía: ¡Soy tan feliz! Me despierto a la hora que quiero, hago lo que quiero, ¡no hay nadie que me diga lo que tengo que hacer!

Yo le respondía que me parecía muy injusto que hubiera tenido que esperar tanto tiempo para vivir esa experiencia, pero ella replicaba enseguida:

—Precisamente porque he pasado por tantas cosas, ¡ahora soy más feliz! ¡Me importa un bledo el pasado! ¡No soporto a la gente que llora por su pasado!

Y yo decía: Tienes razón, tienes razón.

Y pensaba: Ella es más fuerte que yo.

Me enviaba fotos y vídeos de ella y de su perro en el salón de su casa, en el silencio y la tranquilidad de la tarde, con las ventanas abiertas y el campo a lo lejos. Comentaba: «¡Estamos tan bien!» Compartía conmigo sus *selfies* frente al espejo, probándose ropa, hablándome de hombres que había visto por la calle y que le parecían guapos, pidiéndome dinero para comprarse encajes, ropa interior, perseveraba en su renacimiento, como quien recupera los sentidos después de un accidente y redescubre funciones que su cuerpo creía olvidadas.

*(En realidad, cuando me enseñó la casa con más detalle, con la cámara de su teléfono, me sentí decepcionado, me pareció estrecha y deteriorada, se lo comenté a Didier, que me contestó: Pero si ella la ha elegido y te dice que es feliz, eso es lo que cuenta, ¿no? Y tenía razón, debía tener cuidado de no asfixiarla al intentar ayudarla, a veces hay una línea muy delgada entre ambas cosas.)*

Dos meses después de mudarse, volvió a París por unos días. Le presté mi piso y exclamó:

—¡Ah, ahora tengo casa en París y casa en el campo, como las ricas!

Compré champán para celebrar su visita. Lo abrí, bebimos y durante dos horas me habló de su casa. Cantaba e imitaba a la gente del pueblo que acababa de conocer; al verla tan dichosa, me puse a recordar su antigua vida y aquellos momentos:

Cuando vivíamos con mi padre y él, sin razón, subía el volumen de la televisión al máximo, nos exigía que nos calláramos y, si no le hacíamos caso, se ponía furioso.

Mi madre me decía, con cara de susto, *Realmente no está bien que haga eso, tiene la cabeza fatal, parece un psicópata como esos de las películas*.

Cuando repitió la misma escena en Nochebuena, puso un vulgar programa de entretenimiento toda la noche y nos impidió hablar entre nosotros o bailar.

Al día siguiente me dijo ella, decepcionada: Estaba encantado de fastidiarnos la Navidad. Se lo noté en los ojos.

Cuando él se iba al café y ella tenía que esperarlo para cenar, aunque tuviera hambre. Él era el amo y señor del tiempo: él decidía, ella esperaba.

Cuando ella me decía: No sé por qué hoy está tu padre otra vez de un humor de perros.

Cuando él invitaba a sus amigos a tomar pastís por la noche y ella ya no podía más, porque quería paz y cuanto más bebían mi padre y sus amigos, más comentaban a voz en grito el físico de las mujeres

que veían en la televisión, Mira qué tetas tiene ésa, ¿y le has visto el culo?

Cuando ella me decía: Me encantaba que tu padre trabajara, al menos estaba tranquila y no se pasaba el día aquí.

Cuando ella se ahogaba.

Cuando la primera vez que nos fuimos de vacaciones sin él, ella me dijo: ¿Has visto lo amable que me vuelvo sin tu padre? Me vuelvo tan mala como él porque me estresa.

Cuando ella se ahogaba.

Y luego aquellas escenas con el hombre con quien cohabitó en París, escenas que no viví directamente pero que ella me contó después:

Cuando él bebía.

Cuando la insultaba.

Cuando insultaba a mis hermanos y hermanas,

y me insultaba a mí.

La voz de mi madre: *Pueden tomarla conmigo pero eso no, con mis hijos no.*

Cuando sufría pero lo ocultaba.

Cuando tenía miedo de comer porque sabía que él se lo echaría en cara.

Cuando sufría pero lo ocultaba.

Ahora se acabó.

Estaba sola.

Era libre.

# II

Han pasado tres años desde su evasión a través de la ciudad, quizá dos. El tiempo se ha acelerado, adónde ha ido, el caso es que aún no he tenido ocasión de ir a verla al pueblo, no he visto su casa con mis propios ojos, pero ella sigue ahí, y sigue viniendo a París, viene casi todos los meses, cada vez que aparece no deja de expresar su satisfacción, su gozo.

Incluso vuelve a ver al Otro, no quiere dormir en su casa cuando la invita, no quiere pasar más de una hora en su compañía, pero acepta tomar una copa ocasionalmente, cuando él insiste, dice que ya no tiene ningún poder sobre ella, dice, tal como lo entendí yo el día de la mudanza, que la violencia nunca la genera una persona sino una situación, así que mantiene las distancias; una sola noche comete el error de aceptar pasar el fin de semana en el piso donde vivió con él. Inmediatamente se reproduce la misma escena: él bebe sin parar y la insulta, le dice que le da asco, que es una puta, una cerda. Me escribe para preguntarme si puede irse corriendo al piso de mi amigo Giovanni, tiene la llave, él suele estar fuera y ella duerme ahí cuando viene a verme o cuando viene simplemente a disfrutar del ambiente de la ciudad.

Después de eso, nunca volverá a dormir en casa del Otro. Nunca más. Pero sigue hablando con él, ella dice:

—No tiene sentido enfadarse con la gente, es una pérdida de tiempo.

Solemos vernos en la terraza de un café de Saint-Germain-des-Prés, o en mi casa, en el salón que ocupó ella durante los diez días de su metamorfosis y de su evasión.

Es una mujer que sonríe.

Por supuesto, el vínculo que nos une ya no es tan fuerte como cuando ella sufría, nada une tanto como el sufrimiento compartido, pero los acontecimientos vividos han abierto una brecha en el presente: ahora, una ternura continua que nada parece poder romper constituye la base de nuestros encuentros y de nuestras conversaciones.

Me lanzo al rescate de su adolescencia y juventud, le hago preguntas inimaginables tan sólo unos años antes, me he convertido en el arqueólogo de mi madre:

—Quiero saberlo todo. Podemos empezar por donde quieras. Dime qué hacías un día como hoy, por ejemplo, a los dieciséis años.

—¿Un día como hoy? Probablemente me estaba preparando para ir al baile. Me encantaba, era la época en que íbamos al baile para conocer a chicos.

—¿Y conociste a muchos?

—También les pegaba cuando se ponían pesados. Yo era un marimacho, que no vinieran a buscarme las cosquillas.

Me río.

Es una mujer que me hace reír.

Ya no es mi madre. Quizá por eso el vínculo entre nosotros se ha hecho posible. La única vez que me aburro con ella es cuando viene

a París con mi hermano pequeño: su presencia la obliga a desempeñar el esperado papel de madre, habla del peso al nacer de un primito al que nunca he conocido, discute con mi hermano como yo discutía con ella en los primeros años de mi vida.

Así que intento verla a solas: entonces deja de ser madre, se convierte en una amiga, una mujer que habla de sus propios deseos, de sus anhelos, de sus sueños.

Yo también me esfuerzo en ser otra cosa que un hijo, ser más, ser mejor.

Un amigo me dice: Hay que transformar en amistad la relación con la madre.

Y luego, una tarde recibo una llamada.

El hombre que me habla es un famoso director de teatro alemán. Me dice que,

bueno,

querría crear un espectáculo a partir de un libro que he escrito y publicado sobre ella, sobre mi madre, el año anterior, el libro se titula *Lucha y metamorfosis de una mujer*, en él cuento la historia de cómo se escapó de mi padre tras más de veinte años con él, veinte años de asfixia, en ese libro intenté reconstituir su primera evasión, antes de su llegada a casa del *Otro* en París, el director me dice que le gustaría montar su espectáculo en uno de los teatros más grandes de Alemania, en Hamburgo, una sala enorme como una catedral, donde mil doscientas personas se sientan a oscuras frente al escenario. Me dice que ya tiene ideas, se imagina algo grandioso,

extravagante, un grupo de músicas feministas alemanas de la década de 1980, el grupo ya no existe pero las músicas aceptarían reunirse de nuevo para el espectáculo y componer canciones inéditas, dice que está pensando en Eva Mattes, una actriz mítica de Rainer Werner Fassbinder, para el papel de mi madre, en otra actriz que se transformaría en mariposa y volaría quince metros por encima del público para simbolizar la lucha y la victoria de una mujer que parecía condenada a no evadirse nunca, explica que no quiere optar por el realismo sino por la fantasía, una fantasía a la altura de los sueños y las reinvenciones de esa mujer del libro que lo ha conmovido, y al escucharlo describiéndome su proyecto un pensamiento cruza mi mente: quiero que mi madre vaya conmigo.

De repente se me ocurre la idea de que podría ir conmigo, y que ese viaje podría constituir en su historia el capítulo de una nueva odisea de la Revancha: ella, que pasó gran parte de su vida en la sombra, en pequeños pueblos del norte de Francia, luego en un siniestro piso asignado de París, encerrada en casa por los hombres, oculta, invisibilizada, callada por todas las formas de Poder, ella, que durante toda mi infancia repetía *A todo el mundo le dan igual los pelagatos como nosotros*, ella, mujer, pobre, madre de cinco hijos con poco más de treinta años, sin estudios ni carrera, podría ver su vida representada en el escenario de un teatro, ante una multitud de gente anónima, su vida encarnada por grandes actrices del teatro alemán, iluminada, musicada, erigida en modelo.

Le doy las gracias al director. Le digo que sí, acepto su oferta, por supuesto. Él añade que, si lo deseo, el teatro reservará entradas para mi madre y para mí.

Digo gracias, gracias, y cuelgo.

Espero la próxima visita de mi madre a París. Mi impaciencia ralentiza el tiempo, cuando quiero que pase, se para, y cuando quiero que se detenga, se consume, cuento los días, hablo del proyecto a mis amigos, Didier, Geoffroy, Tash, Giovanni, quiero asegurarme de hacer bien las cosas, de no cometer ningún error, y, por fin, una tarde ella vuelve, está ahí, frente a mí, en la terraza del mismo café de costumbre, el de Saint Germain-des-Prés.

Le anuncio:

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿En serio?

—Sí, pero sólo si tú quieres. Depende de ti.

—Cuéntame.

—Hace unos días recibí una llamada de un director de teatro alemán. Le gustaría hacer una obra sobre tu vida. ¿Querrías ir conmigo? ¿Te interesaría?

Ella se sobresalta:

—Pero ¿cómo quieres que vaya? ¡Mira cómo llevo el tinte! ¡No quiero que nadie me vea con estas canas!

Me río:

—Será dentro de unos meses, así que tendremos tiempo de sobra para ocuparnos de eso… Entonces ¿te apetece?

Me mira como si fuera un loco haciendo una pregunta disparatada:

—Sí. Claro que me apetece.

Se acerca el día de la función y de nuestro viaje. Ella saca el tema a menudo, y durante nuestras conversaciones voy dándome cuenta de todas las dimensiones que entraña esa inminente partida a Alemania: mi madre no ha cruzado una frontera en su vida, nunca ha visto más país que el suyo, aparte de una tarde en un barco frente a las costas inglesas, con el colegio, a pocos kilómetros de distancia de la ciudad portuaria del norte de Francia donde creció, nunca ha paseado por una calle foránea ni oído hablar una lengua que no sea la suya, nunca ha estado en contacto con otra cultura, otra civilización, tiene cincuenta y siete años y nunca ha cogido un avión en su vida, nunca, nunca ha visto el cielo desde dentro y la tierra desde el cielo, nunca ha dormido en una habitación de hotel, nunca ha ido al teatro, salvo para ver algunos espectáculos escolares entre los diez y los doce años, nunca ha visto un escenario de verdad con una puesta en escena de verdad, por supuesto nunca ha asistido a un espectáculo en el que ella fuera el centro, ninguna institución la ha invitado nunca a viajar, como invitan a artistas y políticos.

Todo lo que íbamos a hacer juntos sería para ella una sucesión de Primeras Veces.

Una guerra contra un ejército de Nuncas.

Se reunió conmigo frente al portal de mi casa hacia mediodía. Se había perfumado, y llevaba el pelo rubio resplandeciente. La semana anterior había pasado la tarde entera en una peluquería del distrito XIV.

Me llamó al salir:

—¡No tiene nada que ver con los tintes del supermercado!

El día de la Partida, deja su pequeña maleta en la acera y se da una vuelta.

—¿Qué tal?

—Estás perfecta.

—Soy la reina de París, no lo olvides, eso me dijiste un día.

Le di un beso en la mejilla, cogí su maleta y fuimos andando hasta la estación de RER más cercana. Por el camino le pregunté:

—¿Has dormido bien?

—No mucho, estaba excitada con el viaje.

—¿Has cogido el carnet de identidad?

—Sí, mira.

Llevaba una carpeta en la que había escrito: *Viaje a Hamburgo*, con el carnet, pero también la tarjeta de la Seguridad Social, el libro de familia, el billete de avión impreso, una carta que había escrito para el equipo del espectáculo, demasiados documentos.

*(Y, por el aspecto de la carta, me di cuenta de que debía de haberse pasado días pensándola y escribiéndola para que no hubiera tachones y su caligrafía fuera lo más perfecta posible. Por las palabras utilizadas, pude ver que había sopesado, buscado, comparado expresiones en un intento de escribir en un francés culto. Me preguntó:*

*—¿Podrás leerla en el avión y decirme si está bien?*

*Recordé cómo, cuando iba yo al instituto, me pedía que le escribiera las cartas administrativas, con el convencimiento de que, al ser el primero de la familia en estudiar, dominaba el idioma y, por lo tanto, sabría utilizarlo para convencer a un funcionario de que nos*

*concediera una beca o una ayuda. Recordé su respiración detrás de mi hombro mientras yo escribía, concentrado, y esa relación que se invertía de repente entre nosotros.)*

En el aeropuerto, todo era nuevo para ella: pasar el control de seguridad, poner sus cosas en las bandejas de plástico para que las escanearan, sacar los productos líquidos. Le había advertido que cogiera sólo frascos pequeños, pero llevaba un spray hidratante grande para la cara, un tubo de purpurina líquida para la piel y un acondicionador para el pelo.

Le dije que tendría que tirarlos a la basura.

Miró en dirección a los vigilantes de seguridad, confiada:

—Les explicaré que sólo son productos de belleza.

Le dije que no funcionaría y se me quedó mirando atónita:

—Pero ¿qué hay de malo en llevar purpurina?

El avión despegó. En el mostrador de facturación le reservé un asiento junto a la ventanilla para que pudiera disfrutar de las vistas: se sentó, apoyó la cara contra la ventanilla circular y no se movió en todo el vuelo. Estaba hipnotizada por la inmensidad que tenía delante, por la luz. A veces se volvía hacia mí y me decía, con una voz más juvenil que de costumbre:

—¡Qué bonito!

Sacaba el teléfono y filmaba el desfile de nubes y el cielo azul que nos envolvía.

—Se lo voy a enseñar al pequeño Arthur, el hijo de tu hermana, ¡no se lo va a creer!

En Hamburgo también se maravillaba con todo, queriendo captar los más ínfimos detalles de lo que observaba: ¡Has visto que los coches de policía no son iguales que en Francia! ¡Pero las casas son prácticamente idénticas! ¡Los mismos tejados! ¡Hay toallas en la habitación del hotel! ¡Me he traído las mías en balde! ¡Hasta hay champú gratis!

Le prometí que haríamos más viajes juntos.

Ella añadió:

—De pequeña, mi mayor sueño era dar la vuelta al mundo.

A las ocho de tarde me esperaba en el vestíbulo del hotel para ir al teatro.

La vi de lejos, apretaba los puños y agitaba las piernas.

—Estoy un poco estresada.

—No te preocupes, todo irá bien. Todo el mundo quiere conocerte.

Caminamos hasta el teatro, que estaba al lado. Me apretaba el brazo. Podía oler su perfume. Su piel brillaba. El director nos dio la bienvenida.

—Mamá, te presento a Falk Richter. Es el creador del espectáculo.

Él le tendió la mano y dijo en francés, con ligero acento alemán:

—Encantado de conocerla, señora. Estoy feliz de tenerla con nosotros aquí esta noche. Realmente admiro su recorrido, es usted una mujer valiente.

Yo le había contado que eso es lo que le dijo Didier el día que se evadió, y que le había gustado el comentario. El director lo repitió

para complacerla. Se acordaba. Me conmovió ese gesto, ese delicado detalle.

Ella asintió con la cabeza:

—Ah sí. Siempre les he dicho a mis hijos que lo más importante es el valor.

Me di cuenta de que ella cuidaba su forma de hablar, intentando controlar su acento norteño. Me entraron ganas de decirle que tenía derecho a ser ella, que no intentara ser otra persona, pero, después de todo, ¿no estaba yo haciendo lo mismo, a otro nivel? Yo también modificaba mi actitud ante los desconocidos, ante el público que se agolpaba esa noche a las puertas del teatro, ante los acomodadores, ante los libreros que vendían mis libros. ¿Quién no cambia su forma de ser ante los demás?

Quizá no sufría ni se avergonzaba, sino que disfrutaba, jugando a ser otra persona y, por unos momentos, convirtiéndose en ella.

El director le preguntó:

—¿Sería tan amable de unirse a nosotros en el escenario más tarde para saludar?

Se lo había advertido y estaba preparada.

—Sí, sí. Bueno, si le parece bien a usted.

Él susurró:

—Me encantaría.

Luego añadió, con una sonrisa:

—Haremos los saludos por orden de importancia después del espectáculo. Primero yo, el menos importante, el director. Luego su hijo, el escritor. Y usted al final, la más importante.

Cuando él dijo eso, ella abrió los ojos como platos y respondió con una expresión de profundo asombro:

—¡Ah! ¿En serio? ¿Soy importante?

No pudo controlar esa frase, simplemente salió de ella, pura, verdadera, absoluta.

—¡Claro que sí! Mire a toda la gente que ha venido a escuchar su historia.

Estaba confusa. La abracé.

El director se disculpó diciendo que tenía que irse a hablar con el equipo artístico antes de que empezara la función y que se reuniría con nosotros más tarde.

Me volví hacia ella:

—¿Estás bien?

Ella dijo que sí con la cabeza. Ya no podía hablar. Y yo, para mis adentros, me repetía su asombro una y otra vez:

*¡Ah! ¿En serio? ¿Soy importante?*

Nos sentamos en las butacas tapizadas de terciopelo púrpura bajo una desmesurada lámpara de araña, rodeados de dorados y de los murmullos de los espectadores —murmullos especiales, los de los privilegiados a quienes se dirige el arte, discretos, apaciguados, incluso en los murmullos hay una diferencia de clase.

Se apagaron las luces y empezó el espectáculo. Los actores no hablaban francés, sino alemán, así que yo susurraba al oído de mi madre para que pudiera orientarse y entender a qué momento de su vida se refería cada escena.

Como ya he dicho, la obra estaba basada en el libro que escribí sobre su separación de mi padre, su evasión antes de fugarse de la

casa del otro hombre con el que convivió en París, y en el escenario vimos las secuencias de su vida entre los veinticinco y los cuarenta y cinco años, cómo conoció a mi padre, cómo él le hizo creer, para conquistarla, que sería diferente de los demás hombres que había conocido, antes de comportarse exactamente igual que ellos, insultándola, maltratándola. Temía que confrontarla con esas escenas de violencia la lastimara, y se lo dije en voz baja, para darle la oportunidad de negar lo que estaba viendo:

—No olvides que es teatro, es una exageración por supuesto…

Buscó mi mirada en la oscuridad:

—No es una exageración, ¡fue exactamente así!

Se reía.

Ya nada podía hacerle daño.

Cuando vimos en el plató a la actriz que la interpretaba decidiendo, tras una serie de discusiones con el hombre que hacía de mi padre, llenar unas bolsas de plástico con las pertenencias de su marido y arrojarlas por la ventana a la calle, ordenándole no volver jamás, tal como había hecho mi madre en la vida real unos años antes, ella, mi madre, se volvió hacia mí y se abrazó: ¡*Yes Yes Yes*! Como si hubiera temido que la actriz no pudiera evadirse, como si el ver su pasado recreado hiciera que ese pasado se volviera presente, es decir, vulnerable a contingencias y accidentes, como si el presente del espectáculo pudiera modificar su historia.

Me habría gustado que esa representación de mi madre no se detuviera jamás, que pudiera contemplarse toda la eternidad, y que yo pudiera contemplarla contemplándose a sí misma, que sintiera mi mirada sobre ella y la de los demás tanto sobre su cuerpo como sobre su historia, en un juego infinito de espejos.

Cayó el telón y el público que nos rodeaba aplaudió.

En ese momento, sentí la emoción y la aprensión brotando, como espasmos en serie, del cuerpo de mi madre, sentada a escasos centímetros de mí. Le brillaban los ojos. Sabía que en unos segundos sería ella la observada por miles de ojos.

Y pensaba: *Lo hemos conseguido*.

Llevaba fantaseando con esa imagen desde hacía meses, en alguna parte Freud define el fantasma como un sueño despierto, un sueño diurno.

Y los aplausos eran tan intensos, lo juro, tan fuertes, mientras los actores y las actrices salían a saludar, que hicieron vibrar el suelo bajo nuestros pies.

Yo pensaba: *Otra revancha suya más*.

Si la libertad no es una revancha, entonces no es libertad, estoy convencido.

Uno de los actores principales del espectáculo, el que interpretaba al narrador, cogió un micrófono que le entregó un técnico y pidió silencio en la sala.

Mi corazón se aceleró: *Enseguida sería su turno. Le tocaría a ella.*

El actor llamó primero a Falk, como estaba previsto, para que saludara junto a él.

Falk subió al escenario.

Una salva de aplausos.

*Enseguida sería su turno. Le tocaría a ella.*

El actor me llamó. Le susurré a mi madre mientras me levantaba, *Hasta ahora*, y me uní a los demás en el escenario.

Y entonces, mientras continuaban los aplausos, el actor-narrador pidió de nuevo silencio y anunció: *Tenemos una sorpresa más para*

*ustedes esta noche. Alguien especial ha venido a ver el espectáculo… Señoras y señores, gracias por acoger a la madre del autor, Monique*.

Todo el mundo en la sala se puso de pie. En un movimiento, como un solo cuerpo. Aplaudieron más intensamente, más fuerte, mil doscientas personas que gritaban con entusiasmo, aullando y silbando en su honor.

Mi madre sonreía, podía verla desde lejos, el miedo escénico hacía que sus movimientos fueran menos fluidos y más torpes, pero estaba feliz, lo juro, estaba feliz.

Se acercó al escenario, el actor la ayudó a subir, ella le dio las gracias, recuperó el aliento y finalmente se volvió hacia el público que gritaba su nombre.

Dio un paso adelante.

Un paso corto, no se atrevía a más, por timidez, por desconocimiento de las convenciones teatrales.

La empujé ligeramente por la espalda para que se acercara un poco más al borde del escenario.

Redoblaron los gritos de júbilo en la sala.

Los aplausos se prolongaban, no cesaban, y pensé: *Quizá no paren nunca*.

Delante de mí, veía la nuca de mi madre a unos metros de distancia, su pelo peinado y teñido para la ocasión, su cuerpo cada vez más libre, su puño que había levantado hacia el cielo, y yo me repetía: *Ha ganado*.

Ella había ganado.

# III

Dos semanas después de nuestro viaje a Alemania, tomó el tren desde el norte de Francia para venir a pasar la tarde conmigo en París.

Yo quería que me contara, con la retrospectiva de unos días, cómo se sintió, cómo vivió el espectáculo desde dentro, y luego todo lo que sucedió después, esa misma noche: los desconocidos que se agolparon a la salida para hablar con ella y hacerle firmar libros y programas, otros que le preguntaron si podían hacerse fotos con ella, la fiesta organizada por el teatro durante la cual las músicas del espectáculo le comentaron las canciones compuestas durante los ensayos, inspirándose en ella, en su historia y en su lucha, basándose en su vida y en sus experiencias; una de las canciones, su favorita, se titulaba *La reina de París*.

*(Otra anécdota: creí que se aburriría en aquella fiesta puesto que nadie o casi nadie hablaba francés, y había que traducirle, frase a frase, todo lo que oía. Yo había reservado una mesa en un restaurante para los dos, donde pensé que iríamos después; me imaginé que nos escaparíamos a cierta hora para que se sintiera por fin más cómoda, pero no quiso marcharse de la fiesta. Le pregunté:*

*—¿Quieres quedarte? ¿No te molesta que todos hablen en alemán y en inglés?*

*Y ella respondió:*

*—Oh sí, quiero quedarme, ¡estoy encantada aquí!*

*Y salimos de allí a las tres la mañana, con zumbidos en los oídos, hambrientos, y caminamos en medio de la gélida noche hasta el*

*McDonald's más cercano, el de la estación de Hamburgo, el único lugar donde aún se podía comer algo a esas horas, y cenamos en silencio, exhaustos, en medio del olor a fritanga, a la luz de los fluorescentes, exhaustos pero saturados de recuerdos e imágenes, felices.)*

Quince días después, llamó a la puerta de mi piso; yo la estaba esperando. Me levanté, abrí la puerta y la dejé pasar.

Quería tirarle de la lengua. Sabía que había enseñado a los vecinos de su pueblo el vídeo donde salía al escenario entre aplausos —me lo contó mi hermana.

Le pregunté cómo estaba, qué había hecho en esos días que llevábamos sin vernos, pero justo cuando iba a contestarme vio en una de mis estanterías un ejemplar del libro en el que se había inspirado el espectáculo alemán, *Lucha y metamorfosis de una mujer*.

Se acercó, lo tomó en la mano y lo examinó.

—He cambiado mucho desde que escribiste este libro. ¡Tendrás que escribir otro algún día! He seguido transformándome.

Le dije que tenía razón:

—Es verdad. Es verdad. Lo haré.

En el momento en que pronunció esas palabras, medio en broma, medio en serio, yo estaba escribiendo otro libro. Ese libro exploraba la historia de mi relación con mi hermano mayor, que murió por culpa del alcohol a los treinta y ocho años.

Luego dejé de lado ese relato de la relación entre hermanos para escribir en su lugar este nuevo capítulo de la vida de mi madre, de sus metamorfosis.

Gracias a ella, descubrí el placer de escribir al servicio de otro, de otra.

Descubrí el encanto de desaparecer, de borrarse, de convertirse sólo en una mirada en la historia de un destino distinto al mío.

Este libro que están leyendo ustedes es, en cierto modo, el resultado de un encargo de mi madre.

No lo decidí, no lo planeé.

No fue a mí a quien se le ocurrió la idea.

Nada en la literatura me ha dado tantas alegrías.



# Referencias bibliográficas


Hélène Cixous, *Ève s'évade*, Galilée, 2009.

Jamaica Kincaid, *Mi hermano*, trad. de Alejandro Pérez Viza, Barcelona, Lumen, 2022.

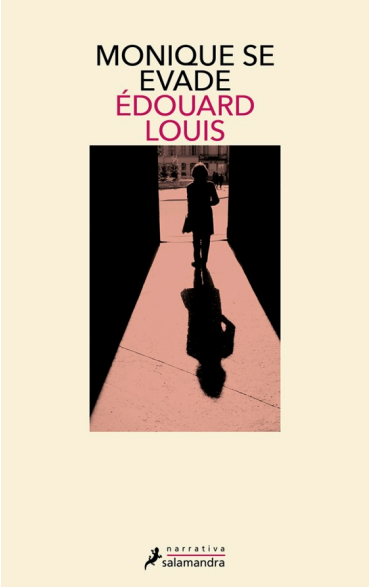
Didier Eribon, *Vie, vieillesse et mort d'une femme du peuple*, Flammarion, 2023.

Georg Simmel, *El pobre*, trad. de Javier Eraso Ceballos, Sequitur, 2014.

Virginia Woolf, *Una habitación propia*, trad. de Ana Mata Buil, Barcelona, Penguin Clásicos, 2024.

Geoffroy de Lagasnerie, *Se méfier de Kafka*, Flammarion, 2024.

**Después del éxito de *Eddy Bellegueule*, Édouard Louis nos ofrece un conmovedor relato autobiográfico sobre la relación con su madre.**




En una noche oscura, Édouard Louis recibe una llamada angustiada de su madre, Monique, desde Atenas. A sus veintiocho años, Édouard se enfrenta a la dolorosa realidad de que el hombre con quien su madre vive ahora refleja el mismo comportamiento abusivo de su padre, del que ella huyó hace años. Monique, quien pensó haber alcanzado la libertad, se encuentra atrapada en un ciclo del pasado. Decidido a ayudarla, el hijo la acoge en su apartamento vacío de París, la llama diariamente y la guía en su camino hacia la recuperación. Junto a su hermana, con quien ha estado distanciado

desde su primera novela, le encuentra un nuevo hogar en el pueblo donde ella reside con sus hijos.

Diez años después del éxito de *Para acabar con Eddy Bellegueule*, Édouard Louis nos ofrece un relato conmovedor y apasionante sobre la transformación de una mujer oprimida y la relación entre una madre y su hijo. A través de su historia compartida, ambos descubren el verdadero precio de la libertad y el profundo impacto de la reconciliación.

**La crítica ha dicho:**

«Un texto hiperluminoso, de ritmo trepidante. Un encuentro en París en torno a la violencia, los modos de evasión, la política y la literatura, y el gozo.»
*Les Inrockuptibles*

«Una historia cargada de emoción pero admirablemente controlada, tan breve como luminosa, vibrante, dulce y conmovedora. [...] Desde Marcel Proust hasta Romain Gary, Édouard Louis se une a la gran lista de hijos que hablan de madres con excepcional perspicacia. Y de arrebato perturbador y sentimental.»
*Télérama*

«El autor consigue una vez más extraer un diamante al ofrecer una reflexión lúcida y amable sobre su madre.»
*L'Actualité*

«El libro más brillante de este escritor. Más que nunca, entra en el territorio del entusiasmo, abrazando la inmensa felicidad que provocan la revuelta y la liberación. Lleno de risas y primicias, el poder mediador y catártico del arte aparece en todo su esplendor.»
*Le Devoir*

«Una historia vibrante sobre el precio que uno debe pagar para escapar del abuso, sea cual sea.»
*Le Monde*

«Impacta por su optimismo.»
*L'Express*

«La libertad, la identidad y la resiliencia se hacen eco entre sí.»
*Les Univers du Livre. Actualitté*

«Un relato feminista y positivo sobre el renacimiento de una mujer.»
*Paris Match*

**Édouard Louis** (Hallencourt, 1992) estudió Sociología en París. Ejerce la docencia en La Manufacture-Haute École des Arts de la Scène en Lausana y colabora regularmente en diversos proyectos teatrales con Thomas Ostermeier, Ivo van Hove y Milo Rau. Es uno de los traductores de la poeta Anne Carson al francés y autor de *Para acabar con Eddy Bellegueule*, *Historia de la violencia*, *Quién mató a mi padre*, *Lucha y metamorfosis de una mujer y Cambiar*. Método, cinco libros traducidos a una treintena de idiomas y publicados en español por Salamandra.



Título original: *Monique s' évade*

Primera edición: marzo de 2026

© 2024, Édouard Louis
All rights reserved
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Lydia Vázquez Jiménez, por la traducción

Imagen de la cubierta: © Mats Silvan/Axiom - RF/Alamy.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87640-10-1

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

# Índice

Monique se evade. El precio de la libertad
Primera parte
Segunda parte
Tercera parte
Referencias bibliográficas
Sobre este libro
Sobre Édouard Louis
Créditos